

María Antonia Ricas
Josep Maria Casals i Arbós
Mayte González-Mozos
Jesús Morata
Joan Gonper
Joaquín Copeiro
Jesús Pino
Rogelio Sánchez Molero
Paco Morata
Luis Pablo Gómez Vidales
Enrique Galindo
Ana Díaz Vieco
Lola López Díaz
Rafael J. Pascual
José Luis Garrido
María José Vioque
Antonio Illán Illán
Olga Fernández
Magdalena Castaños
Ana Pinel Benayas

Ilustraciones: *Pepe Morata*
Lola Beneytez

HERMES



Hermes XIII, Toledo, 2011

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte
Patrocina: Ayuntamiento de Toledo

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 13



Tomas Transtömer

**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**

MARÍA ANTONIA RICAS

fragmentos en la isla

En el agua

I

Baja de verano, escaso, el río,
pero la mañana se aligera.
Tormentece a lo lejos. ¿Podrías
repetirme acaso cómo huele
esa impresión a tierra mojada,
la fina porosidad del aire
húmedo en la distancia?

II

Se reduce a repetir la sed
este silencio contemplativo.
La más pequeña solicitud,
el menor esfuerzo o gesto apenas
para no apurar la propia sangre.

Sabría sentarme bajo un árbol
y ser la muchacha de Corot.
El sereno anonimato del agua
como fondo en la soledad. Poco
a poco la sed se licuaría
y la contemplación, un instante
donde el nombre fuera fugitivo,
donde nada importase.

III

Con las campanas dominicales
pesan las nubes. Adivinar
la tormenta es fácil
o es un deseo porque la lluvia
aplaque este calor. No me muevo
de la mañana, no queda nadie

a quien contar que estuve urdiendo
un hechizo
en la noche.

Un polvo dorado incandescente
antes de las diez, difuminando
el perfil reseco de los cerros,
me transforma en cenizas igual
que si te hubiera amado tantísimo
hasta arder.

IV

Vencejos a la caza de insectos
líquidos. Son los que guardan gotas
del color mojado,
son los insectos conocedores
de láminas finas y perladas
detrás de la curva de calor
y detrás de esta melancolía
lujosa de verano. Vencejos
alrededor de las torres, altos
como quien vuela y sabe seguro
su despertar o su sentido. Pero,
¿quién vuela, quién caza los insectos
que colman o quién, en compañía
de vencejos, se sacia?

V

Detente, pedía en el delirio
del ansia, si supiera morir...
Pero ahora reposada,
ballena cantando, desplazándose
sin quebrar las agujas del agua,
tiempo que no responde a un deseo,
murmurador cetáceo lento
y poderoso. Hoy se levanta
un vientecillo fresco.
No me detengo, sólo acompaso
mi movimiento con las aletas,
vuelvo a sumergirme, canto y danzo.
No es olvido todo ni distancia.

VI

En un barro de canícula hundo
mi mano. Alguien escondió saliva
de besos, gotas jugosas para
despertarme, teñirme los dedos;
agua de sed, cuanto más sed más
cercana pero difícil, más
clara y más precisa e inasible.

¿Qué haré si este limo se convierte
en el primer planeta habitado
por el deseo?

VII

Los pájaros invisibles. Su eco
creciendo por los riscos del río;
de los álamos claros al olmo
todo es cántico.

Palabras
mías, desconcertadas después
del final del deseo, palabras
más caedizas que estas llamadas
con sus respuestas entre los árboles.

Me aproximo al silencio, al final
del deseo, a la mañana limpia,
intensamente garza y vacía.

En la distancia

I

Vuelvo al pájaro
del amanecer que no sabe
perderse .Despierta y se muestra
con el gesto de un dios, sin bordes
de aflicción.

¿Y es que el pájaro se ocupa
de la distancia,
de la medida en imposibles
hallazgos?

Por si existiera una abertura
en lo imposible, por si fuese
cierto decir que en la distancia
hay tramos.

¿Qué conoce el pájaro sino
ofrecerse al día, y no duda
ofrecerse al día, intentando
que el día
le responda.
insecto, sexo, grano o gota
de la sed?

II

No hay medida en el desapego
del silencio que agota fuentes
de haber dormido cerca
del amor.

Qué sentido tiene si dices
prudente dimensión, prudente
tramo separando, marcando
que no me llegue el agua
a los tobillos,
si me hubiera sumergido
y las actinias aplaudieran
mirando cómo me ahogaba
dulce
en ti.

No hay medida ni gradación
ni un paso atrás ni guarecerse
ni ser cauta.

O estar contigo bajo el agua
o habitar en la arena
y el silencio.

III

¿Qué sabe el viento del espacio
inaccesible?

Si detuviera su incursión
sería la certeza un monstruo,
hueco devorador, silencio
no de jazmines ni silencio
amoroso.

Si continúa no me deja
pensar. Lo que tendía al vuelo
se golpea contra los riscos,
el delicado papelito
de seda, mira, mi deseo
haciéndose pedazos, yendo
a la suciedad, las pisadas,
donde orinan los perros.

El viento que no quiere nombres
para no girar ni agotarse
eligiendo caricias,
ni descubrir el afectivo
roce que lo apresara,
que lo hallara temblando.

Este viento
inestable buscando no
quedarse, no
desvelarse, no
claudicar.

Que va y viene de ti este viento,
que va,
que sólo va.

IV

Esas criaturas sin cuerpo,
apetecidas, envidiadas,
castigadas a desertar
de su cuerpo,
penadas
sin cuerpo.

Las escucho, me cercan, tengo
su murmullo en mi pelo, un eco,
una velada vibración ,
un ligerísimo chasquido
entre las ramas de la acacia.

Esas criaturas colmando
la sombra, la temperatura
donde vivo.

¿Qué casa es ésta, concurrida
de cuerpos impalpables, huecos
latiendo en el lugar de espesos
manoseos ansiados?

Este espacio cóncavo mío
excavado en lo ausente,
habitado de ausentes.

V

Cada vez más clara y olvidada,
me muevo hacia la penumbra, lenta
igual que la manta raya , lenta,
planeando en el cielo del agua
como si no supiera sentir
y perder el nombre en su camino
fuera parte del plancton.

Olvidada en la luz y tan clara
que no sé distinguir un deseo

de una flecha cruzándome
sin detenerse en mí,
tan olvidada
que si alguien se volviera a mirarme
vago el gesto le recordaría
una palabra, quién la pronuncia,
una palabra, quién la abandona.

Y olvidada hasta las nimiedades
de la costumbre,
olvidada en un juego, olvidada
en mi apellido tenue cuando dejo
de hablar.

Clara como la luz,
nítida en el olvido.

JOSEP MARIA CASALS I ARBÓS

la heredera y el forastero

—Madre, estoy embarazada.

Resignada a soportar lo que le venía encima, no le tembló la voz. Soltó la nueva con un tono neutro, como quien dice que luce un buen sol o que ha comido pisto.

La mujer del terrateniente se puso roja como una sandía madura de tanta sangre como le subió a la cabeza. ¡Dios del cielo, su niña embarazada y soltera!

—No habría esperado nunca eso de Ramón, Martita, le consideraba un chico serio y responsable.

—Es que no ha sido Ramón, madre.

¡Santa María Madre de Dios! Con lo que había costado hallarle un buen partido.

—Pero, hija, ¿cómo has podido...? Tendrás que decir a Ramón que la criatura es suya, por supuesto.

—Mire, madre, Ramón es trabajador y cumplidor, que siempre llegamos puntuales a misa y bailamos to-

dos los bailes de la fiesta mayor. Pero se ha empeñado en respetarme hasta que nos casemos. No le puedo atribuir el hecho.

—Ni agradeceréelo —añadió en un tono entre bur-lón y reivindicativo.

La mujer del terrateniente le pasó por alto la im-pertinencia porque le podía la curiosidad.

— ¿Y quién es el padre, pues?

—El forastero, madre.

— ¿El forastero? ¡Santa Teresa del Niño Jesús! ¿Qué sabemos de ese chico de ciudad? ¿En qué trabaja su padre? ¿Su familia comulga? ¿Cómo pudiste dejar que te sedujera hasta este punto, niña? Y Ramón, ¿dón-de estaba?

—Ramón había ido a la reunión del partido con su padre. Mientras tanto, yo estaba con el grupo tomando unas cervezas en la plaza mayor. El forastero iba gas-tando bromillas y yo pensaba que me quería hacer cos-quillas cuando acercó sus labios a mi cuello. Pero no sé que me hizo, madre, que me tembló todo el cuerpo pero de una manera que yo no conocía, y me quedé sin vo-luntad. Por eso le seguí cuando me propuso irnos a ba-ñar al río bajo la luz de la luna llena.

—Claro, y tampoco tuviste voluntad cuando te quiso violar...

—Juro que lo intenté, madre. Cuando apenas ha-bía puesto la puntita, yo dije «no». Pero cuando a conti-nuación él dijo «¿no?», yo, madre, ya estaba tan excitada

que le agarré fuerte las nalgas para que no se echara atrás.

—Virgen Maria, perdónala. ¿Y no te dolió, hijita?

—No, madre, que ya hacía meses que, para calmar la desazón, yo ya había hecho paso.

En casa de Marta no se tomaba ninguna decisión sin la opinión y la bendición del hermano clérigo del terrateniente. El padre Joaquín ya era vicario general y se comentaba que tenía posibilidades de llegar al Vaticano. A pesar de la naturaleza del asunto, no se hizo ninguna excepción. Al contrario, porque este hecho podía perjudicar la carrera del sacerdote si se hacía público.

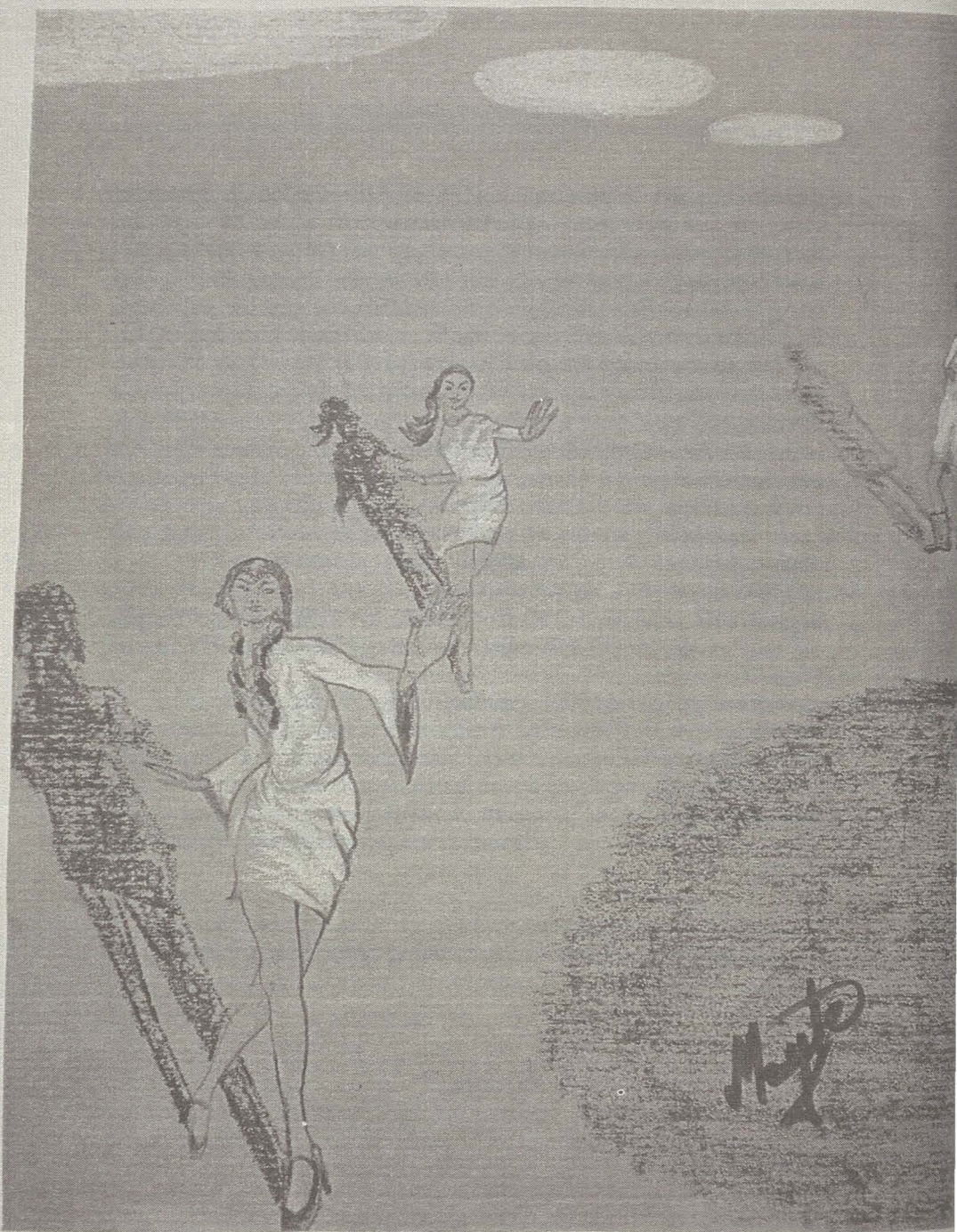
El matrimonio y el vicario se reunieron durante más de tres horas en la sala del piano. Mientras, Marta esperaba en la galería, distraída mirando las estrellas de la constelación de Tauro a través del telescopio.

La niña tenía que abortar. El asunto debería resolverse con el máximo secreto dadas las circunstancias. Marta se inscribiría en un curso de tres meses para el perfeccionamiento del inglés en la Gran Bretaña. Primero abortaría y después haría el curso. Marcharía sola, para que nadie sospechara nada.

oOo

Han transcurrido dos años. Marta trabaja de de

pendienta en una céntrica zapatería de Nottingham y vive en un pequeño apartamento con Eva, la hija del forastero. Ramón se ha prometido con Núria, la hija del farmacéutico, que ya es directora de la guardería. La mujer del terrateniente se ha teñido el pelo de morado. El padre Joaquín vive y trabaja en el Vaticano, ha echado barriga y luce la piel lustrosa. El forastero estudia segundo de derecho en la Complutense por tercer año consecutivo.



MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS

El poder de las canciones III

“nuestro buen verano”

Dolores Rodríguez esperó durante toda su vida para ser famosa. Fue en su madurez, el día que murió cuando saltó a la fama.

La primera vez que la vimos llegar ya era de noche, y en la calle chicos y chicas estábamos a punto de recogerlos para cenar. Fue el verano aquél al final de los sesenta, en el que las altas temperaturas se prolongaron hasta octubre. Ella apareció con un aire insolente de modelo, tendría la edad de Elena; a la que se le había muerto el padre, y un par de años mayor que yo. Bamboleaba su minifalda blanca y portaba un corte de pelo copiado de alguna película. Se hizo un silencio tan dilatado que se escuchó el sonido metálico de la farola -cosa

que desconocíamos que sonase-, y que nos recordó el canto de una chicharra. Del corrillo de los chicos escuchamos la voz del Cano entonando la canción de temporada: "...la otra noche bailando estaba con Lola, y me dijo que se encontraba muy sola..." Ella hizo el paseillo sin inmutarse, hasta la puerta de la casa que habían alquilado sus padres, frente a la atención de todos los que estábamos en la calle incluido Sultán. El grupo de chicas nos acercamos al corrillo en el que el Cano informaba de su nombre y de que era su vecina de abajo. ¡Y qué vecina! Dijo envalentonándose uno de los mayores, Perico.

La casa del Cano, y de la nueva vecina, era la última de la acera de los pares. Lindaba con el Campo del carpintero y a unos metros de lo que quedaba de la noria, donde se ahogó el burro del estañador. Con esto de fondo, y el polvo sosteniéndose en desafío a la gravedad cada vez que un inusitado vehículo pasaba, Dolores hizo su siguiente aparición. La diferencia era violenta: ella con sus botas blancas hasta la rodilla con un poco de tacón y minifalda roja, blusa ajustada y el mismo peinado; como la peluca de un paje. Elena con sus calcetines negros, la falda escocesa hasta la rodilla y su larga trenza. Yo con mi vestido de cuadros, uno de los dos que disponía para la semana, y mis zapatillas de goma, que al contacto con la tierra junto con el sudor, generaba un escurridizo barrillo negro. Se nos acercó y nos dijo de manera solemne que iba al instituto, y nos preguntó dónde cursábamos, con un tono de voz de adulta que

hacia juego con su porte, ahí nos informó de que ella sería famosa. Los chicos que estaban enfrente en la sombra, se acercaron como hormigas a la miel, algunos miraban hacia el suelo mientras dibujaban semicírculos con el pie en la tierra y hundían las manos en los bolsillos. Y el resto tenían la cara congestionada como si nunca hubiesen estado cerca de una chica, o de una señorita. Sólo el Cano echó un paso adelante, y Perico lo imitó, éste fue a decir algo y se quedó balbuceando mientras no podía quitar los ojos de sus labios pintados de fucsia. El Cano miraba su cuerpo un poco más abajo. Tenía nuestra misma estatura, y menos pecho que yo, claro qué...

La sequía de aquel verano se respiraba, sin embargo un soplo fresco nos recorría el cuerpo tanto a chicos como a chicas, por diferentes motivos cuando ella aparecía, nosotras salíamos a su encuentro. A los chicos los ignoraba, como si no existiesen; vergüenza me daba verlos hacer el payaso para atraer su atención, que ella sabía muy bien dónde dirigir. Hasta el perro de Luis, Sultán, al notar el revuelo ladraba excitado. Así era. Entonces a su paso, la canción de Los Brincos volvía a sonar, ya no solamente el Cano entonaba, sino el resto del grupo haciendo coros que desafinaban en su empeño por ser escuchados: "...la besé en los labios, la besé en la boca. Deja ya de llorar, querida Lola..."

Era una canción pegadiza y romántica. Pero yo prefería Los Bravos con Mike Kennedy, The Shocking Blue con su "Venus" o Los Canarios con Teddy Bautista y su

“Libérate”. La música moderna era mi tema favorito, junto con los libros. En una de las primeras conversaciones Dolores me decepcionó. Una señorita tan refinada y moderna tan poco puesta en música y literatura. Hablaba de lo bien que bailaba, y que eso probablemente, le llevaría a ser famosa –lo dijo con una seguridad aplastante-. También nos habló de los guateques que hacían sus amigos y nos invitó a conocerlos. Yo miraba sus ojos que tenían mucho maquillaje en las pestañas, y me parecían dos girasoles con el color que tienen justo antes de cortarlos.

Una larga tarde cuando las nubes del oeste comenzaron a tornarse de carmín, y los chicos mataban los gorriones en los postes de la luz, Elena sugirió que fuéramos al centro del pueblo. Allí todas las tardes Dolores se reunía con su pandilla y así la encontramos. Nos presentó a sus amigos ¡qué chicos...! Tenía motivos para no mirar a los garrulos de nuestra calle. ¡Cómo vestían! Y qué clase... Al darme Kike la mano, cuando me lo presentaron, sentí una especie de electricidad que recorrió mi cuerpo. Yo, con mi vestido de cuadros; ni siquiera llevaba el de los domingos... Él con una melena ondulada castaña, con gafas a lo Lennon en color amarillo, una camisa ajustada de encaje y un cinturón de impresionante hebilla marcaba el comienzo de su pantalón de pata de elefante, que remataba con unas botas camperas de pico. Creo que me puse colorada y recuerdo haber bajado la cabeza con el suficiente impulso como para que el pelo me tapase la cara. Kike se apartó conmigo y

sentí que podría desfallecer en el momento que se juntaron nuestras miradas. Por suerte hizo un comentario sobre música y a partir de entonces lideré la conversación con entusiasmo. Se había echado la noche y mis padres eran terriblemente estrictos con la hora de llegar.

El kilómetro y medio que nos distanciaba de nuestra calle lo hicimos corriendo, alentadas por mis prisas, mientras Dolores me tranquilizaba. Y ya cerca de casa, en la plaza el coche de mi padre, que había salido en mi búsqueda, paró a nuestro lado. Subimos, y en el asiento trasero, Ella me apretó la mano, intuyendo la gravedad que se respiraba, mientras Elena se mordía el labio inferior. Bajo el cielo cuadrado y cuajado de estrellas del patio de casa, fue donde mi padre me dio aquella paliza animado por mi madre, que me tapaba la boca para contener mis gritos. El castigo fue no salir en un mes y no volver a juntarme con Dolores. Así que las señales que dejó la goma de la botella de butano en mi espalda -las de las piernas me preocupaban más porque se veían-, no fue lo peor. Aquella noche sin dormir, no por el escozor al roce de las sábanas; sino por sentirme injustamente golpeada e irremediablemente enamorada, fue lo que mantuvo mis ojos encendidos.

Pero el dolor más profundo lo sentía al escuchar el alboroto de mis amigas cuando iban de paseo. ¿Por qué a mí? Me las ingení para escaparme y correr al encuentro de mis amigas, y a escondidas hablar especialmente con Dolores. Me dijo que Kike se había interesado mu-

cho por mí. Ella llevaba un extravagante vestido y Elena ya salía en su pandilla, iba con el pelo suelto. Recuerdo volverme a casa corriendo con la vista nublada, el corazón en la garganta, impasible a la mirada atónita de quienes me crucé. Yo iba atiborrada de impotencia y con la necesidad de salir de allí cuanto antes.

Parpadeaba el verano un anochecer que escuché a los chicos canturrear: "...bailando estaba con Lola. Como niños besándonos en la sombra...", cuando chisté a Dolores a través de la reja de mi habitación. Me dijo que ahora era distribuidora de Avón, con lo que sacaba un dinero extra para sus numerosos gastos. Su imagen se alejó elegante como un velero, cruzando las oleadas de nuestro mirar.

Con el comienzo de curso y el menguar de las tardes vimos menos a Dolores. Y cuando el invierno se coló en nuestras vidas y ya apenas hacíamos vida en la calle, Ella y la melodía de la canción desaparecieron. El Cano contó que los padres de Dolores se habían comprado un piso céntrico. A veces me preguntaba qué sería lo que la unió a nosotras. Ahora pienso que lejos de sentirse desubicada, la notable diferencia le hacía destacar más, su acuciante superioridad. Un domingo muy gris en el centro del pueblo, Elena y yo vimos a su pandilla, y decidí preguntarles por ella. Kike llevaba de la cintura a una chica muy yeyé, cosa que me hería. Fue Manu el que nos comentó el viaje a Madrid de Dolores para una prueba en T.V., en el Ballet Zoom de Valerio Lazarov. Nunca la vimos en la tele, ni en otro lugar. A Kike sí, con

diferentes chicas, y durante mucho tiempo sentí que el corazón quería salirse por la boca, hasta que después lo vi con la cabeza rapada, y se me acabó el enamoramiento. Kike, como otros, se fue voluntario a la mili.

Llegó otro tiempo de luchas, por cosas como la Libertad; ya se olían nuevos y costosos tiempos. El de revelarnos, luchando por las libertades y contra la masificación... Para al final preguntarnos: ¿Cómo nos hemos metido en la sociedad?... Yo conseguí una beca para estudiar en la capital. Hice Derecho, Elena idiomas, y de los chicos ninguno terminó la carrera. Fui una idealista imbuida en mi burbuja... Siempre con delirios literarios; pero sólo me pagaron por escribir encuestas. Hasta que me admitieron en aquel bufete de asuntos fiscales y Hacienda Pública que simultanéé con preparar oposiciones.

* * *

El tiempo había corrido sumando decepciones a la alegrías; pero la reconocí al desenvolver aquella malograda gabardina. Su cuerpo asomó joven y desnudo. La casualidad me llevó a levantar su cadáver; yo ejercía de Jueza de Guardia. No cabía duda, el orificio era de bala. Quizá debido a mi corta experiencia la sangre se me heló en las venas, y en uno de los dos hemisferios de mi cabeza aquella canción antigua y pegajosa se instaló para quedarse algún tiempo. El mismo que duró la fama de Dolores Rodríguez. La noticia apareció en todos los medios nacionales.

JESÚS MORATA

el otro

Es increíble. Yo nunca he estado en ese pueblo de mierda. Tan imposible es que no sé ni cómo se llama. No sé qué hago escondido en este piso sucio y maloliente. No sé siquiera de qué me escondo. Noto la camisa empapada por el calor y el miedo. La habitación no está a oscuras totalmente porque la luna irrumpe a través de una pequeña ventana. Es una habitación semivacía con una mesa ruinoso y una silla solitaria. Pero es imposible que yo esté allí. Estas cosas sólo pasan en los sueños y en las malas películas.

¿Ves cómo no podía ser? Sólo era un mal sueño. Estoy aquí, como siempre, relajado y tranquilo sobre el sofá. Estoy viendo la final de la Copa. Mi equipo está avasallando al rival. Seguro que volvemos a llevarnos el

campeonato. Lo que no me cuadra es este sopor que me entra de repente. ¡Con lo emocionante que está el partido! No entiendo tampoco porqué no oigo a Raquel. No me ha dicho que fuera a salir.

Lo único real aquí es el miedo que siento. Seguro que estaré empapando la tela del sofá. Me he quitado la camisa y aún así siento mi cuerpo mojado. Ahora veo las luces de un coche que culebrean entre el techo y las paredes. Me sirven para observar que hay una bombilla. Ojalá supiera dónde está el interruptor. Pero no. Eso sería una imprudencia. A lo peor el coche que acaba de llegar es de alguien que me persigue. Pero, ¿por qué? Si yo nunca he estado en ese pueblo ni he hecho nada para que me persigan.

¡Mierda! Me he perdido el gol. Es extraño que tenga tanto sueño. Bueno, la verdad es que he madrugado mucho y he tenido un día de trabajo duro. En fin. Por lo menos vamos ganando. Anda ¡pásala! Joder, chupón de las narices. Lástima de millones que hemos pagado por tu ficha. ¿Dónde estará Raquel? ¡Qué raro. Ella suele estar en casa a estas horas!

Veo desde aquí la luz de una linterna. Se oyen ruidos en el descansillo. Parece que alguien está intentando entrar. Lllaman. Insisten pero no voy a abrir. Yo no puedo abrir porque no estoy allí. Yo nunca he estado en Italia. Esperaré a que se vaya quien sea. Pues no. Parece que tienen mucho interés. Oigo voces. Son varios. Alguien está gritando mi nombre con rabia. ¿Mi nombre? Es imposible. Nadie me conoce en ese pueblo

extraño. Este armario es muy estrecho e incómodo. De todas formas no sirve de nada esconderme. Si entran en la habitación les será fácil dar conmigo. ¡Hay tan pocos sitios dónde ocultarse! Espero que se aburran y se vayan. Esos malditos siguen gritando mi nombre.

Ya es el intermedio. Ahora he dormido más tiempo. Me estoy perdiendo el partido. ¡Con lo interesante que está! Voy a echarme un poco de agua por la nuca. Estoy empapado. En la fechas que estamos ya no debería hacer tanto calor. Es por culpa del puto cambio climático. Me tomaría una cerveza fresquita pero me va a entrar más sueño. En fin, a ver qué hay en la nevera. Esta Raquel, ¿dónde se habrá metido? La hora que es y sin cenar. Tomaré un poco de embutido. ¡Puaj! Esta salchicha está rancia. Bueno, a ver si puedo ver el segundo tiempo.

Han entrado. Deben tener alguna llave maestra porque no he oído que fuercen la puerta. Son cuatro. Uno es bajo y chaparrudo. Lleva un puro y tiene cara de perro bulldog. Es el que más grita y parece que está de mala leche. Sin duda es el cabecilla. ¿Por qué coño llevan gabardinas con el calor que hace? Se las quitan, claro. Los otros tres no llego a verlos bien desde aquí. Hay dos tíos. Parece que están cortados con la misma tijera. Flacos, huesudos, engominados... Al otro no le veo bien la cara. Anda, si es una mujer. Esto no está pasando. Esto lo estoy soñando o lo he visto en alguna película.

¡Gooooo! Casi me lo pierdo. Está visto que no puedo

sentarme en el sofá. No me aguanto de sueño. Con cuatro a cero el partido está visto para sentencia. Me iría al bar de la esquina a celebrarlo pero, ¡tengo tanto sueño! Mejor me meto en la cama. ¡Qué raro, Raquel no me coge el móvil!

Lo puedo ver todo gracias a las rendijas del armario. Se acerca la chica. Ahora la veo bien. Tiene cara de preocupación. Es muy atractiva, pero, ¡Dios mío! ¡Cuánto se parece a Raquel! Se acercan los matones y la sujetan por las muñecas. Aunque ella se resiste la obligan a sentarse en la silla. ¡Hijos de puta! La están maltratando, incluso uno de ellos le mete algo entre las piernas. Cara de perro mira hacia el armario con gesto sádico, como si supiera que yo estoy allí y eso le hiciera disfrutar aún más. Debería salir pero si lo hago soy hombre muerto. Eso es lo que quieren. Tal vez me esté portando como un cobarde.

¿Qué me pasa? ¿Por qué estas pesadillas? Son las dos de la madrugada. Tengo la cama empapada y Raquel sin venir. Menos mal que me he despertado. Ese sueño me estaba asfixiando. ¿Qué paquete es ese que hay en la mesilla?

La chica ha perdido el conocimiento. Le echan agua y como no responde la dejan tendida en el suelo, inconsciente. ¡Espero que no la hayan matado! Desde aquí distingó un hilillo de sangre que le corre por el muslo. Ahora los matones vienen hacia el armario. Los muy bastardos saben desde el principio que estoy aquí. Tienen cara de pocos amigos. Uno de ellos se parece mucho a Joe

Pesci. Ya sé. Es una película que vi hace tiempo y ahora la estoy reviviendo como una pesadilla. ¿Cómo se llamaba la dichosa película?

Trato de alcanzar el paquete que hay en la mesilla. Ni siquiera llego al interruptor. Lo veo a la escasa luz de la luna como un fardo blanco envuelto en celofán. Esto es surrealista. Puede que sea el efecto de las nuevas pastillas para la tensión. Cuando más estiro la mano más lejos parece que está. No llego... No llego...

No puede ser. Esos matones no me están golpeando con bates de beisbol ni me están mentando a la madre. Esa sangre que hay en el suelo no es mía. Tiene que ser de la chica. Pero cada vez siento más fuertes los golpes y las palabras me llegan claras y contundentes. El bulldog parece disfrutar contemplando mi tortura. Yo no sé nada de un alijo. Yo no he traicionado a nadie. Yo no escondo ningún paquete. Por Dios, dejadme. No... No... En la cara no...

Ya no aguanto más esta pesadilla. Voy a levantarme. No me importa que sean las cuatro de la madrugada. Voy a salir al salón y me voy a tomar un café bien cargado... ¡Ah! Por fin ha regresado Raquel. Pero, ¿qué es esto? No es sudor. La cama está regada de un líquido denso y viscoso.

¡Raquel, Raquel. Responde amor mío!

No puede ser. Nunca hemos estado en Sicilia. Tu cuerpo no está tendido sobre la cama. De tus muslos no sale un hilillo de sangre. Esto es un maldito sueño. Ninguno de los dos está muerto.

JOAN GONPER

cuando 'la degollada' mudó

...Miró atrás y doliente se maldijo.
Con una mueca triste al capitán R. de Lara
el gesto se le consumía carcomido. Recorría
desolado cada cenizo rincón escribiendo
con voz ensangrentada el nombre Zahira,
antes y después Casilda y santa,
la agarena mocita mutilada por el sable, ahondada
contra el muro del Bú: una paloma linda estrellándose
con cinco golpes secos al Tajo, degolladísima.

...Ya no habría besos, nada. Cimitarreábanse
donde en el zoco drogueros de aromas, fieros caballos,
profetas de antifonías, dentro la fuerza y fuera la paz,

estandartes negros y blancos, ocre infinitos
la descomposición de serafines,
cautivos mancos de ojos vacíos, albricias
y peñascales, tanta sangre doliente
donde tanta leche de burra antes
cuando ahora la pérfida luz del tajo convertida
en fugitiva memoria, en amor de ensueño,
mutó anhelos antes de irse del todo,
antes de venir del todo los puñetazos
de un pérfido monarca mestizo o feliz.

...Fue un gemido huido aquella sonrisa desde el ajimez.
Y levedad enmudecida. Sin tiempo al llanto, ni un jadeo
sino el fantasma y corales intransparentes
de un pajarito de las nieves mudo, antes de llegar
a no ser del todo, nada y nieblas,
fuera del viento ya la palomita revolandera,
esclava de la tierra, pasado por la piedra
cada rincón, quizás un mal sueño injusto,
ahora en bandeja de plata la cabecita rodadora,
arrebataada ya; arrebatadora poco antes.

...Y ahí ya la quietud, rosa del azafrán y agua
un día martes con la luna en creciente.

JOAQUÍN COPEIRO

de mayo a mayo o abril

«Asambleas...». Viajeros bajo el alfarje del salón mudéjar... «Puerta del Sol... noche...». Arcos de herradura, entrecruzados, polilobulados..., redes de rombos, celosías, alicatados... «Lluvia...». La marquesina de hierro los protege del agua y del viento... evoca el modernismo de los años felices... El vapor de la locomotora que inunda el andén... evoca..., evoca... Y un espía, un agente secreto, esquivo a la Gestapo... «Portavoz...». Monet y su estación de Saint-Lazare... «Doce del mediodía... se reunirá...». Es tiempo de paz, sin embargo, de libre ejercicio de los derechos civiles... «Comisiones... sí... esta madrugada...». Sonríe él, sonríe ella, se miran. Las entradillas de los artículos de la prensa exhibida en el

quiosco, prohibido «ojear» las revistas, insuflan emoción en sus corazones, sesenta y tres años cabalgando el de él, veintiséis el de ella. Se animan y se entienden con los codos, ¿se gastarán por ojearlas?, ya está en la vía 2, vámonos. Salvan sin problema sus mochilas el arco de control, los bigotes de los guardias de seguridad, sus mentones desafiantes, sus entrecejos de uniforme y pistola al cinto, fruncidos o menos fruncidos, o así los recuerda él cuando los recuerda, pasa ella sin novedad, se dispara con él el timbrado, ¡alarma!, lo miran los guardias, serán las llaves, ¡las llaves!, claro, las llaves que deposita en la bandeja, y lo intenta otra vez, nuevo timbrado, ¡más alarma!, ¡ah, el interés con que los guardias le radiografían el rostro curtido, el pecho canoso, las piernas lampiñas, las manos algo ajadas!, ¡no!, ¿será el pink republicano?, y el *pink* republicano que le regaló ella el último 19 de febrero cae en la bandeja, y ahora sí, no hay sospechas, recoja sus cosas, gracias.

Caminan hacia el tercer vagón. Delante, un hombre bastante mayor que él, de unos setenta y muchos, bolso en bandolera, puede que con pijama, útiles de aseo, muda limpia, lleva de la mano a un niño y a una niña, de diez y cuatro quizá, o de once y cinco, el chico en el uso de la razón, pues, irracional aún la chica, hasta los siete años no se adquiere el uso de la razón, les decía don Jesús en primero del viejo bachillerato elemental, tendría él entonces la misma edad que el nietecito que los antecede.

Suben al vagón, primero el abuelo con sus nietos, no hay duda, abuelo y nietos, luego ellos dos, ella delante,

él detrás, protector, mochilero a sus años y dispuesto a sumarse a la protesta, a apoyar la rebelión de las conciencias, la defensa de la ética, y ella busca sus asientos, aquí, y le pide a él que se acomode primero, déjame el pasillo, ¿no prefieres la ventanilla?, ya no pacen las vacas, ni espantan moscas los borricos, pero el campo está verde todavía, y hay amapolas rojas, margaritas, flores amarillas de retama, como un óleo, pasa, pasa tú, que me agobia el espacio y prefiero el pasillo, como quieras.

Colocan sus mochilas en el maletero y se sientan. No va muy lleno el AVE. Los asientos fronteros siguen vacíos cuando el tren arranca. Junto a ellos, el abuelo con sus nietos, tampoco hay nadie a su lado. El viejo tiene un rostro amable, venerable incluso, y el contraste con el de los guardias abre una falla enorme entre los rostros, y no es que el del revisor sea mucho más amable: frío, automático, lineal. Todo en orden, y el AVE surca los campos a una velocidad endiablada que no perciben los viajeros. No hay ruidos periódicos, no hay movimientos bruscos, ni sobresaltos, sino una estela incolora y transparente, el vuelo velocísimo del tiempo que se acorta como un placer, que se contrae como un sueño feliz, en un par de horas estaremos en Atocha, y en la Puerta del Sol, sí, rodeados por los furgones de la policía, sí, bajo las lonas del campamento, si nos dejan pasar, si no lo han disuelto, no se atreven, son carne de su carne, ¡no lo dirás por tí!, son sangre de su sangre, no pueden cargar sobre ellos, ¡depende!, ¡si ven peligrar el sistema!,

¿te parezco yo un antisistema?, ¡hombre, tú precisamente...!

La niña pregunta al abuelo si falta mucho para llegar a Madrid, estoy aburrida, cállate tú, mocosa, ¡vamos, vamos!, Elenita, ¿es que no quieres ver a mamá?, sí quiero, pero me aburro, ¡mocosa!, Javi, no te metas con tu hermana, ¡es que me pone de los nervios!, bueno, bueno, ¡quiero ver a mi mamá!, a eso vamos, hija, a eso vamos, a verla al hospital, ¿y por qué está en el hospital?, porque está malita, ¿muy, muy malita?, no, mucho no, pero tiene que estar allí unos días, y ella le da en el codo a él, ¿se va a poner bien?, ¡claro que sí, mocosa!, ¡Javi!, ¡es que, abuelo..., esta niña!, ¿y papá, por qué no viene también?, porque está trabajando, hija, y no puede faltar, ¿y por qué no puede faltar?, él le da en el codo a ella, porque si falta, lo echan, ¿te enteras, mocosa?, ¡que lo echan y tú te quedas sin helado!, ¿te enteras?, ¡te quedas tú sin helado, tonto!, bueno, bueno, tenéis que portaros bien, para que mamá y papá estén contentos con vosotros, lo que no entiendo, abuelo, es por qué papá no ha seguido trabajando en Madrid, pues, hijo, porque en la empresa le dijeron que, si quería seguir con ellos, tenía que ser fuera de Madrid, ¡haberlos mandado a freír monas!, si tu padre hace eso, se hubiera quedado sin trabajo, ella se vuelve a él, le musita que lo quiere, hay mucha gente esperando que echen a alguien para hacerse con su puesto, ¿y yo voy a tener trabajo cuando sea mayor?, tú, cariño, te vas a comer el mundo con esa carita tan preciosa que te han dado tus padres, ¡qué

guapo eres, abuelo, cuánto te quiero!, ¡pelota!, el abuelo palmea cariñoso la rodilla de la niña, él le musita que también la quiere, y estira las piernas por debajo del asiento de enfrente, y el esqueleto, mira al abuelo, a ver si sois capaces de hacer el ruido del tren, él cruza los brazos, ella coloca las piernas sobre el asiento que tiene delante, apoya la cabeza sobre el hombro izquierdo de él, entorna sus párpados, el abuelo levanta las manos, él lo mira oblicuamente, los niños abren los ojos de par en par, y los oídos, despliegan sus orejas, la niña sonrío, ¡eso lo hago yo!, exclama el niño, no creas que es tan fácil, pon atención, el abuelo golpea con las palmas de sus manos muslo izquierdo, muslo derecho, pectoral izquierdo, pectoral derecho, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, y repite los golpes acelerando poco a poco el ritmo, ¿no oís el tren?, ¿el tren?, dice el niño, ¡el tren no suena así!, dice la niña, ¡cómo que no!, dice el abuelo, él percibe a través de su hombro derecho que la cabeza de ella yace ya desmadejada, cierra entonces los ojos, relaja los músculos de la cara, sigue divertido las rítmicas y aceleradas palmadas del abuelo, él sí reconoce el familiar y entrañable ruido del tren, se adormece, el niño intenta imitar al abuelo, pero no lo consigue, este hermoso traqueteo, tra-que-te-o, ¡el AVE no sueña, abuelo!, que lo acuna mientras los días pasan, los meses pasan, pasan los años como los postes del telégrafo, ¡abuelito, otra vez!, se escucha muy lejos, esos postes que en su niñez parecían viajar en dirección contraria y a gran velocidad, ¡cómo corren los postes, tío!, se contaba que decía un loco, como

que yo la próxima vez me subo a uno, que es más barato, le contestaba otro.

¡Plaf-plaf-plaf-plaf! una y otra vez: tra-que-te-o, tra-que-te-o, tra-que-te-o. Aquel delicioso traqueteo que mecía sus inquietudes después de meses corriendo delante de los guardias, ¡a la calle, que ya es hora...!, y que finalmente te permitía, a ti, porque eras tú, comenzar a rozar la Historia con las yemas de los dedos. Invertiste casi todos tus ahorros en el billete. Empezaste el viaje en la Estación del Norte y lo finalizaste en la de Austerlitz. Fue un viaje largo, muy largo. Pesado, con sabor a carbonilla y a lata de conserva. Aún recuerdas el color de latón que tenía el aire, como el de un sextante, como el de las campanillas y los silbatos con que tu tren anunciaba a los viajeros sus maniobras, hasta que atravesaste sin contratiempos la frontera. Desconocías cuándo la franquearías de nuevo en sentido contrario. ¿Días después, meses, acaso años? No lo sabías, porque aquel mayo abría para ti un camino apetecible, pero incierto, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, harías la revolución con que siempre soñaste desde que iniciaste tus estudios de historia y que estaba reclamando tu presencia en las calles de París, en las aulas de la Sorbona, junto a la joven Silvie que habías conocido entre las olas del último verano, vente a París, esto va a ser la revolución, se palpa en las calles y en la universidad, vente a París, y cogiste el tren al día siguiente para viajar a París, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, para vivir con Silvie el hervidero del Barrio Latino y embriagarte con los intensos debates del Odeón o de los

patios clasicistas de la Sorbona, y prender tus ojos y tu respiración del tremolar rojo y negro de los trapos que pretendían cambiar el mundo, enardecerse con las soflamas largadas en el francés de Brassens, *mais les brav's gens n'aiment pas que l'on suive une autre route q'eux*, manifestarte luego con Silvie sobre tus anchos hombros, fuerte tú y atlético, ella dulce y ligera como un poema de amor, sobrevolando la revuelta, tu rostro sonriente entre sus muslos, un grito de protesta en sus labios. La fotografía fue portada de periódicos y revistas del mundo entero, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, aún la conservas, qué joven tú, moreno, nariz recta y ojos castaños, suéter a caja, bohemio, qué guapa ella, rubia, pelo corto, la Jean Seberg del primer Godard, pantalón ceñido, camiseta a rayas, tra-que-te-o, tra-que-te-o, tra-que-te-o, ¡jo, no puedo, abuelo!, ¡es que eres tonta, mira, aprende!, cantinela infantil, qué guapa es aún, ¡tú tampoco puedes, rabia, tú tampoco puedes, rabia, rabiña!, ¡a que te doy un sopapo!, ¡hale, hale!, que ya llegamos, y él abre poco a poco los ojos, los altavoces anuncian la última parada, estación de Atocha, RENFE les desea que hayan tenido un buen viaje, ¡eh!, despierta, que hemos llegado, se despereza ella, ¡uf!, qué corto se me ha hecho, me siento como nueva, ¿dispuesta a todo?, dispuesta a todo, ¿y tú?, me duelen las cervicales.

El tren se detiene por fin, sus puertas se abren, ellos cargan sus mochilas, él con leve gesto de contrariedad, bajan del vagón tras el abuelo y los nietos, pero ahora los adelantan enseguida en el andén porque la impa-

ciencia de incorporarse cuanto antes a la protesta eleva sus pies sobre las losas, suben por las escaleras mecánicas, ella escalando los peldaños de dos en dos para avanzar más, él, menos ágil, dejándose llevar, atraviesan el hall de la estación, el microclima de sus patios, ganan la salida que da a Santa María de la Cabeza, en frente el Reina Sofía, cruzan raudos los pasos de peatonales, surcan las aceras, embocan la calle Atocha, continúan por ella hasta la plaza de Jacinto Benavente, bajan por Carretas y desembocan en Sol, abigarrada y joven, clamor de protesta, ¡oé, oé, oé, la llaman democracia y no lo es!, isla de utopía, henchidos los pechos de él y de ella, ella le da la mano y tira de él para abrirse paso entre la multitud apretada, desea, quieren ambos, zambullirse en la plaza para empaparse de todo cuanto allí acontece, aprovechando alguno de los ríos humanos que discurren de sur a norte, de este a oeste, guardaría a la izquierda, le pesan los hombros, debate sobre feminismo a la derecha, o sobre la ley electoral, o sobre la tasa Tobin, barra de refrescos gratis para todos, o le duelen, ¡el botellón no es la solución!, jóvenes pulverizando agua en los rostros de los asistentes para aliviar el agobio térmico bajo los toldos, azules, transparentes, solidarios, ¡de-mo-cra-cia!, ¡de-mo-cra-cia!, cua-tro-pul-sos, cua-tro-pul-sos, que es el ruido de las viejas locomotoras, un compás de cuatro pulsos, el mismo que remedaba hasta hace poco el abuelo del tren ante sus nietos, palmada en muslo izquierdo, palmada en muslo derecho, palmada en pectoral izquierdo, palmada en pectoral derecho, un

tren está arrancando hacia el futuro, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, y tú cierras los ojos porque sientes que una imagen poderosa, en un blanco y negro de cuando aún ni constituías un proyecto, puja por emerger desde el fondo de tu cerebro, por ganar la superficie de tu alma, como si se tratara de un alma tridimensional capaz de revelarte aquel halo de esperanza que con tal precisión supo captar la cámara de Alfonso, Puerta del Sol, catorce de abril, una nube blanquecina alumbrando aquel glaciar humano, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!, que desde la Carrera de San Jerónimo irrumpe en la plaza y recorta las siluetas de los líderes, bandera tricolor, gorras y sombreros, chaquetas encorbatadas y pechos descamisados, padres e hijos, novios y novias, abuelos y nietos, hermanas y hermanos, amigos, vecinos, compañeros en la fábrica o en el tajo, en la oficina o en el mostrador, en el ateneo o en el instituto, en los surcos o en el pasto de las lomas de Vallecas, ¡plaf-plaf-plaf-plaf!

No abres los ojos, aún no. Ahora no escuchas el ¡plaf-plaf-plaf-plaf! del abuelo sobre muslos y pechos, pero prefieres continuar imaginando su presencia en los asientos de al lado, ni oyes el traqueteo de las ruedas sobre los rieles, ni el bufido de la locomotora, porque el AVE es plano, serenamente plano. Te retrepas en el asiento y no percibes sobre ti el dulce peso de la cabeza de tu hija, porque ella se ha quedado acampada en Sol, mientras que tú has desistido finalmente de hacerlo en la certeza de que tus huesos, anda, papá, tú vuélvete con mamá, que no vas a aguantar, y es verdad, que te duelen los

huesos, que una lacerante contractura te agarrota los hombros y el cuello, que te falta el resuello, en la certeza, pues, de que tus huesos no hubieran soportado una noche en lecho duro, y en la suposición de que alguien, Silvie tal vez, te echaría de menos en la cama de tu dormitorio para festejar con su amor, a pesar de haberte recriminado la locura de viajar a Madrid, ¡a tus años!, la luz de esta primavera, la de la otra y la de la otra, Silvie encaramada sobre tus hombros, expulsada de ti la maldita contractura, tus manos aferradas a sus piernas para que no se rompan las decenas de fotografías que darán, como entonces, la vuelta al mundo en las portadas de los periódicos, con tal de que no se violenten las tomas de vídeo que se colarán en los telediarios de todas las televisiones, enmarcada tu sonrisa entre sus muslos, dibujando sus labios un grito de protesta contra la democracia adulterada.

Cuando finalmente el AVE se detiene, la conciencia de que, por el momento, el sueño ha terminado lo empuja a incorporarse, a recuperar su mochila, menos abultada esta vez porque el saco de dormir se lo ha quedado ella para este colega que no tiene saco, a recorrer el pasillo solitario del vagón y a salir por la puerta que lo conducirá hacia la calle. Silvie le sonríe desde el otro lado de la verja y su madura belleza se le antoja tan evocadora y estimulante como la palabra «revolución».

-Ya sabía yo que no te atreverías con la acampada. ¡Estás demasiado viejo para veleidades revolucionarias! Pero te quiero igual, o más, y no te preocupes, que me he

traído el coche para que no tengas que andar mucho, que vendrás cansado. Te he preparado una buena cena y un baño relajante, y te voy a hacer el amor con música de Dylan, como en París, para que hoy te sientas Puerta del Sol.

JESÚS PINO

La señorita Marcia Holocausto de Ríos, a quien dedico este caleidoscópico ramillete de poemas, tiene los ojos más bellos del mundo. Son de color verde. Y quien los mira añora, inconscientemente, las prometidas praderas del Paraíso. La señorita Marcia Holocausto de Ríos es todavía soltera, no por mucho tiempo, pero aún lo es; también es Veterinaria, aunque no le luce el pelo en la profesión y como no le afecta a los ojos reserva el título por si acaso. La señorita Marcia Holocausto de Ríos, parece ser, heredó el color verde de sus ojos por la vía genética galaica, que todo puede ocurrir en este maremagnum de genes intra y extraautonómicos. Lo que no es posible precisar es lo de la carrera elegida que no cuadra con el cromatismo primaveral de sus pupilas. La señorita Marcia Holocausto de Ríos hubiera dado mejor como filóloga hispánica o doctora en sociología, aunque el camino de las aficiones y los deseos es estrafalario, confuso y algo sin sentido y muestra la escasa o nula relación entre el color de los ojos y la vitalidad de las garrapatas.

poética natural

Cuando se aburra el sol de dibujar caballos,
de dar brillo a la piel de las serpientes
y de colorear loros y avispas,
¿qué harán mis ojos,
ignorantes y necios,
si tan sólo aprendieron a ver y aun sin destreza?

Cuando se canse el mar de moldear bahías,
de esculpir silogismos de sirenas
y de hospitalizar mareas y espumas,
¿qué harán mis manos,
frágiles y torpes,
sin tan sólo aprendieron a huir y aun sin astucia?

Cuando desangre el pez su glaciador en el fuego
que mantiene el candil de la alegría
y entre en lo oscuro en guerra con la nieve
¿qué hará mi corazón,
débil y triste,
si tan sólo aprendió a quemarse y aun sin llama?

Cuando esconda la flor su nombre en el olvido,
cuando caigan los pájaros del vuelo,
cuando oculten su música las arpas,
¿qué haré sin ti,
que haré sin mí,
si sólo he aprendido a respirar tu alma con la mía?

las dudas insalvables

¿Hay algo dulce y excitante
en las redondas uvas verdes de cada atardecer?

¿Hay algo noble y espontáneo
en las rosadas sondas de los pájaros en retirada?

¿Qué ley del nácar y el violeta
impone su razón de melancólicas llagas al olvido?

No lo sé. Quizá nunca lo sepa.
Me basta estar oculto en los joyeros
de las bellas preguntas que atildan mi ignorancia.

la levedad de las lluvias

Llueve hasta las hojas-cumbres de los árboles.
No llueve hasta la tierra.

La lluvia se detiene en esa altura donde vienen a dar
las claridades más recién nacidas.
Allí donde se besan la luz y la penumbra,
donde el aire es acequia del oro y el verdín.
Allí detiene el agua su vértigo de golpe.

Miro al techo y no entiendo
porque estoy inseguro debajo de mi cuna.

la traicion doméstica

Te preguntas cómo será el puñal de la Belleza,
cómo serán sus manos,
cómo será el sonado ritmo de sus pies
y cómo sus vestidos, sus ojos, su estatura.

Te preguntas, solo, en la esquina,
esperando, nervioso por su cita.
Te preguntas, y sabes que es inútil.
Pues llegará en silencio y por tu espalda
y no podrás gozar de la respuesta
estando asesinado.

la soledad de siempre

Su brazo por tus hombros,
como una íntima amiga,
como una mariposa del infierno,
andando al son hospitalario de tu paso.
Cariñosa y amable, cordial, a veces dulce;
pero también, a veces, brutal, hiriente, insoportable.
Como una íntima amiga,
como una cruel belleza del infierno,
habla y dice y te canta y te silba al oído,
para que los silencios no te abran las ventanas.
Su brazo por tus hombros.
Abandonado tu paso a su embeleco.

Escalones abajo, por callejuelas húmedas y oscuras,
te lleva hasta el submundo de espejos circulares
y allí sólo sois uno: la Soledad y tú.

el retorno de la vuelta

Para el niño la calle es larga, oscura.
Para el niño la calle es miedo agrio.
Miedo en estado vírgen. Miedo animal de noche.
Y el niño va creciendo calle arriba
adelgazando quilates de su miedo.
El niño ahora es hombre y vuelve el paso
y no encuentra la calle.
No tiene luz su miedo y nada alumbra
la magia del andar
ni el temblor de sus ojos.
Ahora el hombre es el miedo buscando la inocencia
en medio de la escoria de su noche.

viento de abril

¡Qué tonto es el viento!
¡Pues no viene ahora buscando la rama
del árbol cortado que secó el invierno!
¡Y chilla y se enfada
como el niño al que niegan un capricho nuevo!

¡Qué tonto es el viento!

No sabe que ya se han pasado
los días que estuvo el sol tan enfermo;
no sabe que ya es Primavera,
que han vuelto las flores a abrir sus comercios
de olores y luces,
de cromos que ocupan el álbum del suelo.

¡Qué tonto es el viento!

Y qué malhablado.
Y qué de mal genio
da golpes y golpes en puertas, ventanas,
en blusas, cabellos
y en las cortinillas de los sentimientos.

¡Qué tonto,
qué tonto!

¡Qué tonto es el viento!

ROGELIO SÁNCHEZ MOLERO

boca contra boca

Boca contra boca.
Aire
que se agarra al aire
y trepa
por la luz de tu garganta;
se asoma
al umbral de tu mirada
y brota
como una sinfonía de silencios,
como un leve
batir de mariposas.
Piel contra palabras;
arriba,
donde un beso se hace templo,
se detienen las mareas;
olas

de sedas se aquietan,
la noche
es tentación entre tus manos
y nuestros labios escriben
la música
de las más altas esferas.
De la pasión al abismo
un puente
se ha tendido por la línea
que dibujan
en el aire inconsistente
la belleza de las dudas
y el placer de los sentidos.
Del abismo de tu cuerpo,
eternamente cierto,
bebo el dulce licor
de tu anhelo.
La pasión de tu caricia
rinde el turbio fragor
de mi deseo.
Labios contra piel.
No se ha detenido
el cielo.
El alba
nos descubre asomados
al balcón de los espacios
indefinidos del tiempo.
El amanecer nos besa

con distancia de ojos nuevos.

Tú.

Yo.

Espacio y tiempo.

Amor.

Cielo.

Pasión.

Silencio.

Dos corazones abiertos.

poema para un hombre nuevo

Se me está cayendo la tarde,
irremediable,
resbalando sobre la mejilla
transparente
de la ventana de mi apartamento
desordenado.

Al otro lado de la calle
solitaria,
cuando la prisa se ha transformado,
despacirosa,
en una simple mueca del silencio
rutinario,
recojo los añicos de mis pensamientos
imprecisos;

y a la luz cálida de un viejo flexo
trasnochado,
inventó un poema para el hombre
nuevo.

Un hombre despojado de sus ropas
anticuadas
con las que se cubría la vergüenza
descarada
de sus hipocresías y sus miedos
ancestrales.

Un hombre que afronta su circunstancia
inevitable
con la valentía de los héroes
anónimos.
Mirándole a la gente a la cara,
sincero.

Un hombre que sueña tranquilo en su sueño
sosegado.
Humano en lo más hondo de sus ojos
abiertos
a una realidad que le conmueve.
Solidario.

Un hombre vestido de amaneceres
renovados

con los que los surcará el horizonte,
orgullosos
de descubrir caminos de proezas
cotidianas.

...Se me está cayendo la tarde,
irremediable.
Y en fondo de una taza de té,
desdibujados,
los posos predicen un futuro
esperanzado.

regreso

Vuelvo del mundo fingido de sonrisas impostadas
cargadas de hipocresía.
Del banquete de los necios disfrazando sus mentiras
en normas de urbanidad.
Vuelvo desde la ciudad que desprecia los silencios;
donde nadie se conoce por su nombre;
donde nadie se despide cuando sale;
donde nadie se preocupa por el hombre;
donde nadie es menos nadie que otro alguien
desconocido, ruidoso y desconcertante.
Regreso de ese lugar en que el vecino no es más
que el ladrido de unos perros
reclamando su lugar.
Regreso desde el regreso.

Y encuentro la misma mesa desordenada y febril.
Los lápices despuntados, la pluma vertiendo añil;
un reloj siempre atrasado, una prisa por venir
siempre de prisa al lugar del que partí.

PACO MORATA

carne de yugo

con el cuello perseguido
por el yugo para el cuello

Miguel Hernández. El niño yuntero

te despierta la luz de madrugada
te acaricia
con un beso de urgencia
debes irte
el trabajo te espera
para ti ya no hay tiempo
de gozar la belleza en que amanece el día

te arrastra de la cama muy temprano
sacudiéndote el hombro
como una madre ansiosa
tienes que ir a buscarte la vida
llegas tarde

el sol es tu escudero
te acompaña y te acosa todo el día
enamorado que está
de tu figura astrosa
morderá sin descanso
el dorso de tus manos
tu cara de inocente
muchacho descarnado
tu piel de niño pobre
hasta dejarla muerta

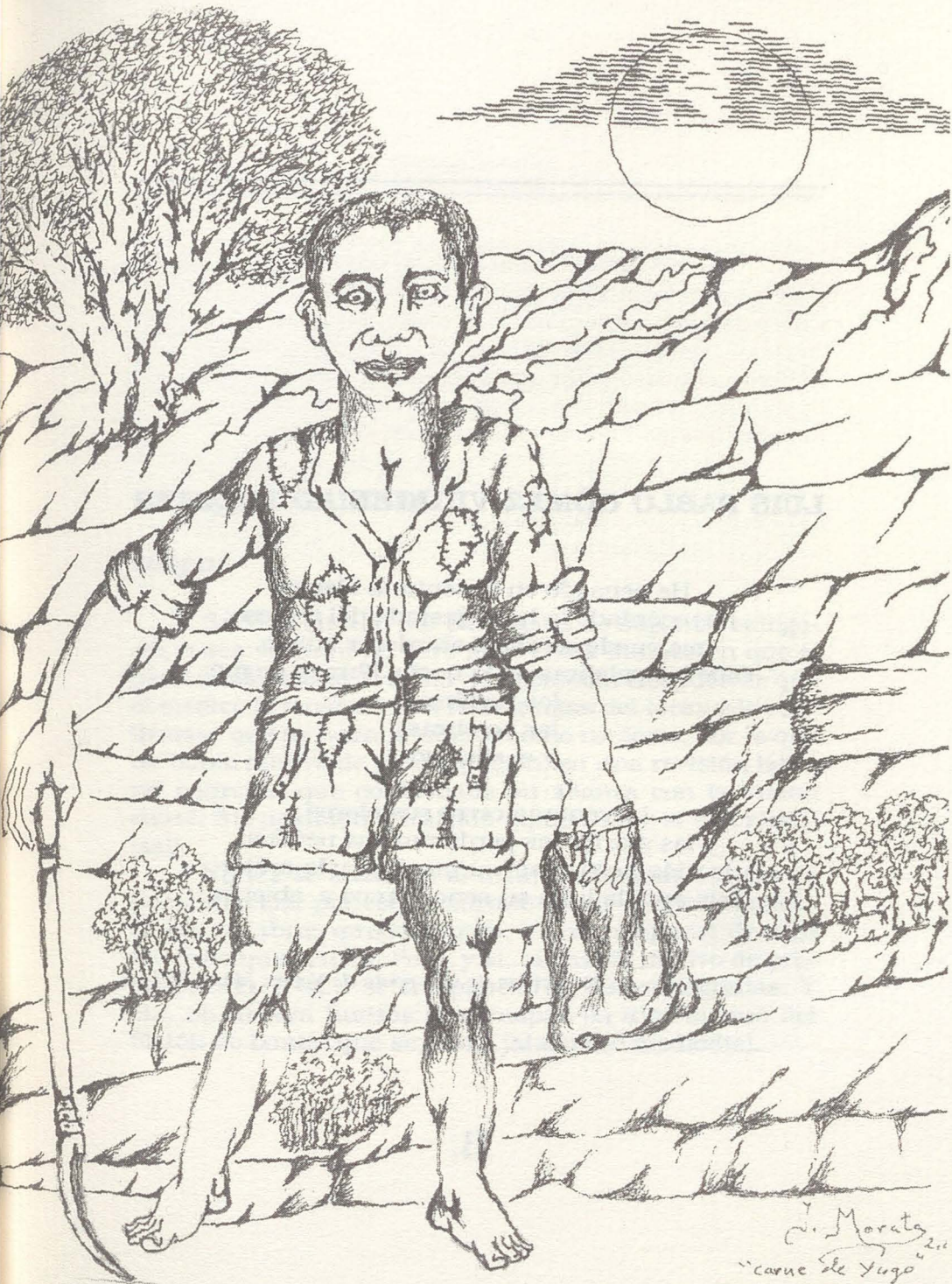
mientras doblas la espalda y recolectas
arroz cultivas miijo
cosechas aceitunas
uvas café amontonas
piedras leña chatarra
trastos viejos excavas
un pozo con las manos
hasta encontrar el agua
pastoreas las cabras
de la aldea entre riscos
rebuscas la basura
coses piezas de cuero
avariciosos frutos
que el trabajo acumula
sobre el arco tan frágil de tus hombros

al paso de los días
derramas la inocencia

un reguero de infancia mal vivida
una injusticia enorme
una existencia mínima

te libera el ocaso cada tarde
la sombra te protege
piensas que ya has vencido

y se acaba la noche
sin tiempo para sueños te despierta
la luz de madrugada



J. Moratz
"carne de Yugo"

LUIS PABLO GÓMEZ VIDALES

He pensado en la ventana blanca,
he recordado la hora gastada del regreso;
me quede en aquel atardecer quieto,
callé las palabras de la noche libre, y negué:
 los nombres,
 las sombras,
 y el silencio.

La ventana cerró sus olores
y las mariposas perdieron sus pétalos;
la niña negó al sol su nombre, y la mujer
dejo ante la luna su seno blanco y abierto.

Recuerdos de una poeta de Yepes. Marzo 2011.

ENRIQUE GALINDO

raspas

Su vida circuló por carreteras de segunda categoría, o sea: ni fu ni fa. Pero llegó el día fatídico en que el pensamiento vino a turbar su acomodo. Después de que el médico le mostrase las radiografías del tórax y le confirmase que se hallaba «fuerte como un toro», por lo que no había motivo de preocupación, en una revisión laboral rutinaria que confirmaba su alianza con la buena salud, fue asaltado a traición (¡quién sabe si con alevosía!).

Nunca se adelantó al futuro buscando motivo de preocupación, por eso le extrañó que el médico emplease esa palabra: «preocuparse», o sea, ocuparse de algo antes de que ocurra. Pero, y si... sí había motivo de preocupación. Y si... se traspapelaron las radiografías. Y si... no tuviera huesos sino raspas (la idea le vino del filetón de bonito que se había jalado ese mediodía).

El resto de su existencia se resolvió en meses. La intranquilidad no le permitió vivir. Cada instante era poco para palpase en busca de huesos elásticos y puntiagudos. El pensamiento intruso se volvió obsesivo y la obsesión se transformó en certeza. Nadie pudo dictaminar el motivo de su muerte: tristeza, deseos de morir, ... simplemente dejó de comer, de andar, de existir.

Treinta años después, cuando la mujer murió, abrieron la tumba para dejarles compartir el sueño eterno. Alguien, un enterrador, exclamó al ver aquello:

¡Dios! ¿Qué enterraron aquí? ¿Un tiburón?

pazguato

Cuando cumplió cinco años se enfrentó por vez primera con alguien externo a la familia: su primer profesor. La nueva cara, augur de nueva etapa de vida, le preguntó:

-¿Cómo te llamas? -al tiempo que lo miraba fijamente a los ojos. Su respuesta fue el silencio interrogativo. No entendía la pregunta.

-Te estoy preguntando que cuál es tu nombre.

Nuevamente miró al maestro sin entender. No sabía cómo era su denominación verdadera. «Cuqui» era el de su perro, su padre se llamaba «Papá», «Mama» el nombre de su madre; pero él... A él lo nombraban «Nene», «Ven aquí», «Deja eso», «Oye tú», «Qué has hecho esta vez», e incluso nombres de una sola palabra como «Im-

bécil», «Tonto»... ¿Cual de estos sería el más adecuado para exponerle al profesor?

Ante sus ojos enormemente abiertos, preludio de pánico, el maestro dijo:

-¿Eres tonto? -Ése era uno de los nombres, y al no recibir más respuesta que un parpadeo remató:- Este chico es un pazguato. ¡Que alguien se lleve a este pazguato de aquí!

Fue toda una revelación conocer su nombre.

Apenas pasaron unos pocos años y ya se hallaba delante de un sacerdote, en otro de esos momentos de salto en la vida, el que anuncia el abandono de la niñez: la Comunión. Mientras tanto le siguieron llamando como siempre: «Nene», «Ven aquí», «Deja eso», «Oye tú», «Qué has hecho esta vez», y los consabidos nombres de una sola palabra como «Imbécil», «Estúpido»..., etc. El primer día el párroco le preguntó, como manda Dios:

-¿Cómo te llamas?

Su respuesta fue la interrogativa:

-Paz... ¿Pazguato?

El cura rió la ocurrencia y sentenció: - ¿Pazguato?, tú lo que eres es un Zopenco.

Él, que sabía que los sacerdotes bautizaban y, por tanto, eran los que ponían nombres, comprendió que acababa de ser bautizado de nuevo. Lo de Pazguato le gustaba, pero su nuevo nombre: Zopenco, parecía más rotundo, de persona mayor.

Y sonrió.

ANA DÍAZ VIECO

el saxofonista o jazzman

Eran las tres de la mañana, la juez Helen Richok y el forense a su cargo acababan de levantar el cadáver de otro indigente, regresando al juzgado en el coche oficial. En el rostro de los policías se podía ver signos de tedio mientras veían alejarse el furgón del Instituto Técnico Forense.

Me fui perdiendo. Mi conducta fue siendo cada vez más caótica por el consumo de estupefacientes y alcohol. Con el tiempo esa mezcla restaría a mi mente, momentos de lucidez. Las grabaciones y giras musicales, no eran las de antes, ni mucho menos. Por lo que un día, tomé la decisión de marcharme, escapando de ese mundo que había conseguido asfixiarme.

Mi equipaje, se redujo tan solo a una botella de whisky y al saxofón que de niño me regaló mi padre, aun

olía a chatarra y alcohol barato.

Regresé a esa parte de la ciudad de la que salí siendo un adolescente. Tras mucho caminar, mis pasos se detuvieron ante un edificio. Me senté en los escalones mugrientos y malolientes de la entrada. Eché un trago a la vez que una persona que subía esos mismos escalones se me quedó mirando con recelo, por lo que yo le sonreí. Eché una ojeada a mi alrededor y volví a beber. Todo y nada había cambiado en aquel lugar me dije, evocando los momentos que pasé sentado allí de niño, solo, tocando la armónica que me regaló el abuelo Louis o arrancando sonidos a ese primer saxofón.

Los grafitis, las amenazas seguían decorando las paredes. El color del aire seguía siendo gris escondido. Yo había sido un joven de espíritu melancólico. Un bicho raro para algunos. La música fue mi vida. Tanto ella como yo nacimos para encontrarnos en una libertad absoluta. Soñé con llegar a ser unos de esos «jazzmen» a los que tanto mi padre como yo admirábamos.

Dichos recuerdos nublaron mis ojos. Me puse en pie y me dispuse a subir los tres pisos que me separaban del apartamento en que habíamos vivido. En realidad no sabía qué hacía allí. Mis padres hacía años que habían muerto y mi hermana Marie, hacía mucho tiempo que no sabía nada de ella. No les hubiera gustado verme vestido de perdedor.

En, mi mente volvieron a reproducirse las discusiones y riñas de mis padres. Sus voces parecían seguir tras esa misma puerta mugrienta y desconchada. Mi abs-

tracción duró poco, fui asaltado por un niño que huía de alguien y que con unos enormes ojos colmados de curiosidad se me quedó mirando. Le sonreí, me sonrió, hasta que entre palabras amenazadoras su madre lo rescató de mí.

Volví a bajar las escaleras. El pasado en esos momentos llegó a resultarme tan cercano, que con tristeza, salí a la calle a continuar el camino.

A pesar del tiempo el barrio no había perdido sus señas de identidad, prostitutas, borrachos, camellos y esos mendigos que como yo deambulaban por las calles, pintando un paisaje desolador.

Necesitaba vivir en la calma del que se deja llevar. Me llegué a convertir en un indigente, en uno más, de los muchos con los que me cruzaría a diario. Ya apenas quedaba algo de aquel hombre que había tocado en los mejores locales del mundo. El más grande improvisador de toda la historia del jazz según los críticos. Solo se podían ver de él sus escombros.

Casi sin proponérmelo aprendí muchas cosas. Hacía tiempo que había dejado de sentir pudor al extender la mano para pedir o poner un recipiente en el que pudieran echarme unas monedas a cambio de mi música, con las que comprar whisky con los que adormecer mis pensamientos. Al igual que otros, me dediqué a recoger colillas del suelo o cartones con los que poder arrojarme en las frías noches.

Una noche, a la salida de la boca del metro, me dediqué a caminar por esa parte de la ciudad en la que todo consigue cambiar de nombre y de sentido, en la que conviven ángeles y demonios vencidos. Fui atacado por alguien. El alcohol me impidió reaccionar. Apenas pude ver el rostro de mi atacante. Sólo me fijé en que le temblaba la mano en la que sostenía una pistola, una treinta y ocho, escuché decir a los policías horas más tarde.

Me pidió repetidas veces que le diera todo lo que llevaba encima. Empecé a ser consciente del peligro que estaba corriendo. Le pedí que se tranquilizara, que no tenía nada que pudiera valer la pena. Advertí como ese joven, se fijaba en mi saxofón. Sentí un escalofrío, sabía lo que esa mirada significaba ante la urgencia de una necesidad.

No fui consciente del disparo, solo del fuego que empecé a sentir en el vientre. Mis manos intentaron con desesperación calmar ese fuego, sin conseguirlo. Empecé a sentir frío, un frío extraño. Necesitaba un trago, con el que el íntimo roce con la muerte que estaba sintiendo se hiciera menos doloroso. Las piernas ya no conseguían sostener el peso de mi cuerpo. Me desplomé entre los cubos de basura. Me estaba muriendo...el olor a muerte fue atrayendo a ratas y a algún que otro gato famélico.

Enfrentarme a la muerte, hizo que recurriera a una de esas oraciones que de niño mi vieja me había enseñado al acostarme. No conseguí recordar más que

el principio. El frío iba siendo mucho más intenso. Las luces de mi cerebro habían empezado a ir apagándose lentamente.

¿Cuánto tiempo transcurrió desde que recibí ese disparo, hasta que llegó la policía? No lo sé.

Sólo sé que llegó la policía y se dedico a buscar en mis bolsillos algo que les permitiera identificarme. Pero solo encontraron la botella de whisky en el bolsillo de la chaqueta medio vacía y la boquilla de un saxofón.

LOLA LÓPEZ DÍAZ

iter, itineris

El cielo seguía negro. Pertinazmente negro. El autobús corría por carreteras invisibles mientras la mayor parte de los pasajeros dormía. Ella, no. Había decidido viajar de noche para ver amanecer. Nunca había visto amanecer. Le habían dicho que el cielo se llenaba de colores. Rojo, naranja, verde, azul... Colores y más colores. En cascada. A cada cual más bonito. Eso era lo que le habían contado. Así que permanecía con los ojos hundidos en la oscuridad esperando que empezara el espectáculo. No tenía sueño. Se había quedado traspuesta al principio del viaje, pero el pitido de un móvil le había despertado y no había conseguido volver a dormirse. La cabeza se le llenaba de pensamientos. Todos negros. Lo que estaba haciendo era una insensatez sin justificación alguna. Una insensatez que le iba a costar muy cara. ¡Con lo que había luchado por conseguir lo que tenía! Por tener una vida normal. Una vida rutinaria,

reglada, previsible: su trabajo, su casa, el trayecto de ir y venir...

Lo que más le preocupaba era lo del trabajo. La echaban sin remisión. Había pedido tres días de permiso. Que además le correspondían por ley. Ningún problema. Pero ya llevaba un mes. Un mes entero sin aparecer. Sin dar señales de vida. Con el móvil desconectado. No podía hablar con ellos. No sabía qué decirles. No se le ocurría ninguna excusa, ninguna explicación medianamente convincente. Porque no podía confesar la verdad. Pensarían que estaba chalada, que se había vuelto loca. No podía contar que llevaba un mes dando vueltas por la Península Ibérica buscando una playa. Nadie comprendería lo importante que era para ella encontrar una playa limpia, un mar acogedor. Nadie entendería el porqué de su periplo. Había empezado por el Sur, había seguido por Levante y Cataluña. De allí a Galicia pasando por Santander y Asturias. Y ahora estaba atravesando Portugal camino del Algarve. Del cabo de San Vicente, concretamente. El fin del mundo y el fin del viaje. Tanto si le gustaba como si no le gustaba. No podía seguir poniendo peros. Tenía que acabar de una vez.

El autobús se paró en una gasolinera. Le dio un retortijón de tripas pero no quería ni pensar en tener que utilizar el WC de semejante lugar. Así que pidió un té con la esperanza de controlar la situación. Empezaba a clarear. Se adivinaba algo de luz, pero de colores nada de nada. Recordaba perfectamente a Cristina Díez, sentada en el pupitre, hablando del amanecer que había

visto en el pueblo de unos primos suyos. Y a ella escuchándola boquiabierta. Toda la vida le había acompañado aquella fantasía. De vuelta en su asiento, se tapó la tripa y se quedó muy quieta. Le daba miedo llegar. Sabía que las playas eran buenas. Había visto reportajes. Pero quizá no fueran acogedoras. El agua estaba muy fría. Todo el mundo lo decía. A ella el agua fría no le importaba, incluso la prefería. Pero a él le gustaba tirando a caldorra. Era un motivo recurrente de discusión y de bromas. ¿Cómo iba a hacerle esa faena? ¡Un agua helada a él que era tan friolero!

Pero se le había acabado la Península y el dinero. No podía echarse atrás. Era cuestión de buscar una playa con la orilla amplia y sin pendiente. Y con poco oleaje. Ella podía coger puñaditos de cenizas con las manos y darles calor mientras el agua se las iba llevando. Poco a poco. Sin prisa. Sus manos darían calor a las cenizas de su padre igual que las manos de él le habían dado calor tantas veces cuando era niña.

¿Tantas veces?

Muchas menos de las que ella hubiera querido. Muchas, muchísimas menos. Y todo por su madre. Por culpa de su madre. Que pasaba del régimen de visitas. Que jamás cumplió con lo estipulado por el juez. Y su padre, que era un pedazo de pan, en lugar de denunciarla, trataba de arreglar las cosas por las buenas. ¡Por las buenas! Nunca admitió que su exmujer, que la madre de su hija, es decir, de ella, era una mala persona. Y si no mala, mala, sí una caprichosa, una informal y una

irresponsable. Y puta. Muy puta. Le gustaban los hombres a rabiar. Siempre con amigas horribles hablando de tíos. Y si no hubiera hecho más que hablar... Por eso a ella le horrorizaba todo lo que tuviera que ver con ligues y coqueteos. Y, además, ninguno de los hombres con los que trataba le llegaba a su padre a la suela de los zapatos. Y eso que su padre, le dolía reconocerlo, había sido un calzonazos de tomo y lomo.

Pero no quería empezar otra vez con la historia de marras. Toda la vida reconcomiéndose, dando vueltas a lo mismo. Lo pasado, pasado. Lo que tocaba ahora era buscar un trozo de mar en condiciones y depositar las cenizas de su padre. Y ver cómo arreglar lo del trabajo. O, más bien, buscar otro trabajo. Aunque lo que le pedía el cuerpo era seguir desaparecida. Porque lo de ir de acá para allá, a la ventura, le estaba encantando. Era lo mejor que había hecho en la vida. Y eso que tener que cargar con la urna de las cenizas era un palo. Pero una vez liberada del peso y de la obligación de llevarlas a un lugar adecuado... ¿por qué no seguir sin rumbo? Podía hacerlo. Era cuestión de trabajar en cualquier cosa, a salto de mata, lo justo para sobrevivir y para seguir viajando. Tenía pocas necesidades. Y pocos vínculos. Y ninguna obligación. La familia que le quedaba le importaba un pito. Las amigas le importaban más, pero tampoco hasta el punto de condicionarle la existencia. Animales no tenía...

¿A ver si iba a resultar que era una privilegiada?

El cielo comenzaba a ponerse rojo.

RAFAEL J. PASCUAL

¡están vivos!

*A los ángeles de Charlie,
que también los oyen*

Nunca he puesto en duda que los libros, razón última de mi existencia profesional, están vivos. Desde un punto de vista metafórico muchos respaldarían esta afirmación, y todo aquel que se confiese asiduo a la lectura -incluyendo a quienes somos fetichistas declarados del libro- podría defender sin rubor la idea de que sus páginas permiten vivir vidas paralelas a las nuestras propias, relacionarnos con gente que no existe, y visitar lugares que nunca tendremos posibilidad de conocer. Apurando un poco la imagen, me atrevería incluso a argumentar que la vida proporcionada por el mundo de la lectura es la real, y esa otra que creemos vivir cada día no es sino una mentira canallesca. Pero no llegaré tan

lejos, para remitirme a la simple descripción de ciertos hechos.

Los acontecimientos que refiero son los acaecidos a lo largo de la vida profesional de un bibliotecario cualquiera, que lidia con todo tipo de soportes de información y con la información misma, sin dejar de codearse con el que ha sido testigo inevitable de miles de años de nuestra historia: el libro. Pero no pretendo acercar al lector curioso la historia temible y apabullante de una biblioteca y las supuestas apariciones que se dan en ella. Apenas si quisiera trazar el apunte fundamental de los espectros diarios y perennes de este tipo de espacios, pues que son siempre, como un escritor francés los ha denominado hace poco, bibliotecas llenas de fantasmas. Y así lo creo yo, pese a que estos fantasmas, en palabras del citado autor, se relacionen más con la idiosincrasia intelectual de los propios libros, y en concreto con la de cada uno de ellos, que con cuestiones ordinarias y materiales como las que señalaré a continuación.

He trabajado en muchas bibliotecas y podría asegurar que toda aquella que se precie posee su propio fantasma, igual que lo tienen un castillo o una casa embrujada. En las bibliotecas, cuanto más añejo es el mobiliario, los espacios y los propios libros, más posibilidades de materialización tienen los ruidos y visiones que a priori no podemos explicar. Cualquiera podrá reprocharme la ordinariez de la evidencia, puesto que se

trata de una imagen fácilmente aplicable a otros espacios y conceptos. Es verdad que los fenómenos extraños se multiplican en lugares viejos y cargados de historia, incluyéndose las propias bibliotecas -sobre todo las históricas-, y que los crujidos de los muebles al adaptarse al peso de los volúmenes -restallan como si alguien se moviera y cuando uno se acerca simplemente no hay nadie-, de los propios suelos que aguantan tanto peso -los efectos de la dilatación y temperatura-, o el ruido de los animalillos que corretean entre estanterías, avalados por la oscuridad y el silencio de los ausentes, prestan esa imagen tópica que acabo de describir.

En las bibliotecas, más debutantes o más decanas, he asistido a menudo a este tipo de situaciones. La simple intermitencia de un fluorescente sobre el pasillo, en algún profundo depósito retirado del acceso al público, bastaba para crear esa imagen de extraña realidad, formada por luces y sombras alternas proyectadas sin fin sobre los lomos silenciosos de los libros que, imperterritos, flanquean el pasillo. Colocarse en ese espacio de luz irreal, en medio de una soledad y un silencio indescriptibles, lleva a reflexionar sobre el asunto. Y los ruidos fácilmente achacables a fenómenos naturales, aunque a veces de difícil y trabajosa localización, dan también que pensar. En una de las bibliotecas en que desarrollé mi quehacer profesional teníamos asumido que el lamento inconfundible -en forma de silbido triste y resignado, a veces corto, a veces largo- que se escucha-

ba algunos días, era la manifestación de un espíritu que se hacía notar para aliviar su soledad, por más que la explicación natural estuviera bien en el efecto del paso del aire por el espacio intermedio entre la salida de emergencia y el propio suelo, bien en el mismo efecto con respecto al espacio de la cámara abierta entre los falsos techos y la cubierta a dos aguas del tejado. Sea como fuere, estas impresiones son moneda de cambio habitual en prácticamente todas las bibliotecas, al igual que en cualquier otro espacio habitado por el hombre.

Pero en la biblioteca hay otras sensaciones añadidas que poco o nada tienen que ver con estos fenómenos naturales, y sí con sus pobladores: los libros. Prueben a quedarse allí a solas; al cierre, si se lo permiten, o un viernes tarde, víspera de fin de semana, cuando casi todos han arrinconado los materiales de trabajo y se disponen a disfrutar esos próximos días de descanso. En la soledad, rodeados de cientos de volúmenes aparentemente callados y silenciosos, puede experimentarse -si se permanece atento- la sensación de ser observado por miles de ojos a la vez. Es fácil escuchar pequeños ruidos provenientes de esos pliegos de papel cuyas hojas, aun prensadas tras sus cubiertas, nos hacen alguna extraña señal, como si fuera de la voluntad de la mano del hombre que las pasa una tras otra, tuvieran vida propia.

Esa impronta -no es broma- puede ser desasegante. Implica una extraña confusión, incomodidad

creciente y miedo: un miedo leve pero certero. Parece entonces que todo pensamiento tras aquellos testigos mudos nos juzgara, formando parte de un universo sabio y enorme contra el que nada podrá el vacío de nuestra ignorancia. Sólo conociéndolos, tomándolos con las manos desnudas, podríamos acercarnos a ellos perdiéndoles el miedo, que no el respeto. Pero quién puede abrazar el universo cuando se materializa ante nosotros recordándonos que no somos apenas nada, sino un pequeño grano de arena en el océano de un conocimiento que no nos pertenece.

Y ahora piensen en esto: ¿podrían tener tal sensación en el mismísimo dominio de la red de redes?, ¿cuánta visión se tiene de ese universo en la pequeña pantalla de un ordenador, un dispositivo móvil o un televisor? Una página web da paso a otra, y ésta a otra. En todo caso, algunas ventanas se abren a la vez o consecutivamente en el mismo espacio. ¿Se sienten abrumados o empujados? Quizás sí, pero hay también a su alcance unos límites entre los que se mueve toda esa información electrónica, que ponen en su sitio el mundo y nos dan la referencia que necesitamos para movernos: la pantalla del dispositivo es la frontera. Podríamos pensar que las páginas finitas e impresas de un libro también nos garantizan ese efecto. Y sin duda esto es verdad. ¿Pero qué decir de esos millones de páginas escondidas tras los libros? ¿No es suficiente para acongojarnos ante la imposibilidad de asumir un mensaje de pretensión

universal? Si no lo creen así es que tal vez no han probado a hacer lo que les he planteado más arriba. Prueben. Quizás se sorprendan.

Yo estoy convencido de que los libros tienen vida propia y, como podrán convenir conmigo, nacen y envejecen de la misma forma en que lo hacemos sus propietarios: unos mejor y otros peor, en función de la calidad de sus componentes y la dedicación con la que fueron traídos al mundo. Y no les extrañará saber tampoco que, incluso a despecho de incrédulos, también pueden moverse. Moverse por sí mismos, quiero decir, sin ayuda ninguna de los lectores que los merodean. Yo tengo esa convicción, y me consta que no soy el único. Ya aseguraba una compañera, en su momento, que ella lo sabía: yo los oigo moverse... como si provistos de las alas de una paloma pudieran trasladarse de un estante a otro. Cuando le oí decirlo me quedé mirándola con curiosidad. No estaba solo en mis apreciaciones acerca de los misterios de la biblioteca.

Pero si su movimiento consistiera apenas en el mero traslado a través del espacio -por más que éste resulte extraño e inexplicable- pecaríamos de parquedad en el trazado del hilo misterioso que siguen las historias secretas de la biblioteca. Y es que no sólo de movimiento a voluntad gozan los libros, sino también del poder de protestar y lamentar su triste situación de vejez, abandono o desidia, o acaso por encontrarse en la peor de las ubi-

caciones para su propio lucimiento en ese universo, indefectiblemente ceñidos a la posición inalterable que les destina la política de clasificación de la biblioteca. Y así, no tienen empacho alguno en dolerse y llorar por ello y por más cosas que prefiero callarme, al decir de otra compañera que aseguraba igualmente que esos libros se mueven y se quejan, apoyados apenas en el pilar de la consolación que les pueden prestar a veces, si lo intentamos, nuestros oídos casi sordos al dolor. Y no me cabe tampoco duda de que, como esta misma colega comentaba a otra, el libro te habla. Se lo decía como se le podría decir algo imbuido de cierta mística a la mismísima santa Teresa, haciendo una confesión comprometida y arriesgada pero veraz, que demuestra la apertura de la mente sin condiciones a ese universo paralelo que nos habla todo el tiempo, aunque lo creamos poblado por criaturas inanimadas que ni sienten ni padecen. Puede que ese lenguaje aparentemente secreto, una suerte de salmodia cifrada compuesta de misteriosas cadenas repetidas de sonidos -tiki, tiki, tiki, mochi, mochi, mochi, chiki, chiki, chiki, chus, chus, chus- como si de un código morse se tratara, sólo sea comprensible para un bibliotecario experimentado, pero creo que un buen y añejo lector, sea cual sea su profesión, puede llegar a comprenderlo igualmente.

Esta afirmación puede constatarse practicando una soledad de la que hablaba antes: sólo usted con los libros, cientos o miles de ellos, cara a cara entre los pasi-

llos formados por decenas de metros lineales de estanterías pobladas -y a veces colapsadas- por esos mismos volúmenes que le miran atentos al pasar, sin quitarle ojo de encima. Este es el momento en que nos enfrentamos al verdadero fantasma que habita toda biblioteca. Cuidado: de ese enfrentamiento puede salirse reforzado o rechazado para siempre. Todo depende de nuestra disposición para escuchar el mensaje del fantasma y de cogerlo, como si de una faena se tratara, por los cuernos, poniéndole nuestros propios límites y ubicando los diques que necesitamos para no ahogarnos, hasta que la seguridad de nuestro propio remo permita derribarlos después y navegar mientras nos deje el tiempo que vivimos. Sólo en las lides de ese enfrentamiento podemos ganar la batalla y esgrimir el valor para no amedrentarnos, o retirarnos vencidos. Hay muchos casos en uno y otro extremo, y son varios de ellos los que conozco, como el de una vieja amiga -ya caso perdido e insalvable- a la que sólo unos minutos allí dentro, rodeada del papel viejo y nuevo de los libros, aquella sensación descrita, ese olor característico del papel que cuenta años, le causaban un agobio insuperable. A veces los fantasmas nos pueden, sin duda.

La magia de ese enfrentamiento se rompe, en cualquier caso, en el momento en que nos vemos acompañados de otros aventureros y lectores, de una muchedumbre que se enfrenta a ese universo sin escucharlo. Para algunos se quiebra un hilo de extraña conexión, y en-

tonces los libros vuelven a quedar mudos y aislados, como si no escucharan, ni vieran, ni hablasen ya hasta que el momento propicio de una nueva soledad vuelva a unir ambos mundos. Otra compañera mía decía que era muy feliz hasta que llegaron ellos. Oyendo esto -leyéndolo, en su caso- casi podríamos rezar por la vuelta de esa preciada soledad y ponerle así alguna que otra vela a santa Lucía (por cambiar de santo). Este es, por supuesto, el tipo de afirmaciones que se hacen cuando se le pierde el miedo al fantasma de toda biblioteca. Y ya pueden imaginarse también quiénes son ellos: quienes no creen en los fantasmas de la biblioteca, nunca han visto sombras al final de los pasillos, ni han escuchado el silbido extraño que parece llamarnos hacia alguna estantería, y jamás han sentido la increíble toma de posesión de un libro sobre su alma. Son, en definitiva, quienes no creen en bibliotecas llenas de fantasmas. Pero yo les aseguro que existen, y en estos momentos, en la soledad de la pequeña biblioteca de mi casa, rodeada la mesa de trabajo, los siento muy cercanos, observando y vigilando. Y lo peor -o lo mejor, según se mire- es que creo que voy camino de convertirme yo mismo en uno de ellos. Así que si ven desfilar una de esas sombras entre los pasillos milenarios y oscuros de alguna biblioteca, no descarten que pueda tratarse de la mía, o incluso de la suya propia. Es muy posible.

JOSÉ LUIS GARRIDO

Entre las manos enraiza

el tiempo su tiempo de ausencias
y despedidas, eternizando los adioses
como el fugaz beso en unos labios se eterniza.
Por los íntimos parajes de quien amó alguna vez
(y fue amado) se hilvanan al corazón densas neblinas,
y una voz
fugaz entre las ruinas de su pecho ya en desuso repica
“no te vayas, no te vayas...” y se va
y dura toda una vida.

Al otro lado del corazón,
tras los visillos de la ventana,
compone la lluvia
sinfonías bajo el gris acuarela
que diluye la mirada.
Al otro lado del corazón,
en los paisajes amados, los cables de la luz
cuajados de pájaros antiguos,
semejant pentagramas.

MARÍA JOSÉ VIOQUE

El 6 de noviembre de 2011 a las nueve cuarenta y cinco...

La clausura del trabajo
puerta abierta al acomodo
de actividad desenfrenada
con destino incierto
donde números y mesas abiertas
preguntan y respondes.

Turno diurno entre salidas de colegios
y un despertador sin prisa
gana al tiempo, tu tiempo.

Una vida nueva gira sin eje:
tornea muy lentamente el futuro
prediciendo el desafío...



ANTONIO ILLÁN ILLÁN

sueño / luz (1)

Un sueño dentro de otro sueño,
a veces, me confunde
y no sé si el no es sí o es no
y si el sí es un déjalo pasar
que voy de vuelo.

Te sé y te siento.

El amor a estas alturas
ya no es el no o el sí
que sale de la boca,
es la razón que nos aprieta
y nos funde en el abrazo
con el sutil tacto que eleva a las esferas
o arrastra a un suspiro de mares abisales,
y el abrazo se entremezcla
con alguna palabra de la vida:
¿qué vamos a comer mañana?

La noche sigue siendo noche, pero es luz,
porque la luz no es tuya ni mía,
es nuestra, y no queremos que la luz sea como la sombra,
que no deja ver, aunque ver tampoco importa tanto,
cuando la mano sabes que te guía por los caminos
de la verdad que no admite duda.

Creer en Dios debe ser algo así como esto que me
ocurre,
como este creer en ti
con la fe profunda de quien no solo cree,
sino que quiere creer.

La virtud ya no es hacer algo extraordinario,
es hacer sencillamente
lo que tenemos que hacer.

Amor es la voluntad de quererte más allá del no
o más cerca del sí, es prepararte el pan
que comes en mi ausencia
y callar lo que en otro tiempo no hubiéramos callado.

Sueño dentro del sueño de la vida,
en donde no hay puertas, hay espejos
que reflejan los latidos y nuestros nombres
y los deseos conocidos, porque no se desea lo que no se
conoce.

Y no sentimos la soledad de dos
porque salimos del sueño de la vida
y pensamos que vivir es ya un oficio, un arte,
cuyo fin va más allá de la belleza y encuentra la libertad.

Es en la libertad donde termino porque quiero,
porque quiero quererte libre, absolutamente libre.

Si así me quieres, entonces el amor es algo irrenun-
ciable,
la calma, la alegría, ¡la convivencia, amor, la conviven-
cia!

Y la vida ya no es sueño que sueña caminos de la
tarde,
ni fantasmas que confunden,
eres tú, la verdad, mi única verdad.

sueño / luz (2)

La del alba sería
cuando equivocó
su rumbo el beso
y, confuso,
soñó en tus labios
rocío y en tus caricias
silencio.

No me dejes con la del alba
despierto.

Quiero ser luz con tus ojos
o no ser.

De verdad, me basta
el dorado pan
de tu pecho.

despertar

Hoy es un día como todos,
aunque el cielo esté gris,
el frío sonroje la cara
y el teléfono no me anuncie que me llamas.

Hoy es un día más en el que mi corazón
vuela hacia el tuyo, y se encuentran
en un paisaje poblado de caricias.

Queremos ser ángeles
y lo somos porque queremos.

Nos contemplamos con los labios,
mientras escuchamos la música
azul de nuestros ojos.

En las manos nos laten bandadas de palomas
que nos piensan y acarician
hoy también, día de acción de gracias,
porque el amor existe,
y nosotros lo sabemos.

OLGA FERNÁNDEZ

bajo la camilla

Hacía mucho tiempo que no pensaba en él, no podría decir exactamente cuánto, sin embargo lo recordé súbitamente al ver a aquel niño hacer lo que había hecho yo casi cuarenta años antes.

El objeto de mi recuerdo tenía un nombre extraño, "Palitroque", aunque su forma nada tenía que ver con lo que cualquiera entiende como un palitroque, un palo pequeño, o un palillo. Pero se llamaba así, no sé por qué. Los niños son extraordinariamente arbitrarios a la hora de ejercer el privilegio que tienen los humanos de poner nombres a las cosas y a los seres, reales o imaginarios. Nunca lo dibujé, acaso por temor a reproducir su figura, o tal vez, por el contrario, porque su imagen llegó a serme indiferente. En cambio, sí que puse su nombre sobre el papel alguna vez, cuando supe escribir. Por su

puesto, lo escribí con “qu”, no con “k”, como seguramente habría hecho un niño de hoy, contaminado por la aberrante ortografía de los sms; pero entonces reservábamos la “k” para palabras como “kimono”, “kilogramo” y alguna otra más que apareciera en los Cuadernos Rubio.

No obstante, Palitroque era, como los grandes mitos, como los arquetipos ancestrales, anterior a la época de la escritura, es decir, anterior a la época de mi escritura. Tengo una imagen bastante clara de él, aunque sea un tanto difícil de describir. Podría decirse que era un híbrido entre una antigua estufa de petróleo (una que había en casa de mi abuela paterna) y una versión achaparrada del robot de la vieja serie Perdidos en el espacio, un armatoste negro con ruedas y brazos acabados en tenazas, que se reprodujo mucho por aquel entonces en forma de juguete de cuerda.

Palitroque tenía apellido: Tic Toc. Este apellido era bastante menos arbitrario que el nombre, pues sencillamente la onomatopeya del ruido que hacía al andar. Palitroque no se deslizaba sobre ruedas, sino que se desplazaba sobre unas pequeñas piernas, desfilando rítmica y marcialmente, como un soldado o como un autómatas. Realmente, se hallaba más cerca de lo segundo que de lo primero. Siempre me pareció que Palitroque era simplemente un ingenio mecánico, no solo por su cobertura de lata propia de un robot, sino por la rutina invariable de su comportamiento que denotaba una evidente estupidez, propia de las máquinas.

Antes de seguir explicando el origen de tan extraño personaje y sus propósitos (que nadie podría dejar de suponer malévolos), es imprescindible que hable de la casa en la que yo vivía por entonces, una casa antigua situada en el casco histórico de Toledo, en una calle cercana a la Catedral y a la judería. Se entraba a ella por un típico patio toledano y era una vivienda muy grande, que había sido dividida en dos por sus propietarios con destino al alquiler. Estaba en la primera planta, de las dos que tenía la finca. La parte que daba al patio se había convertido en un pequeño apartamento: tenía cerrada la galería formando un salón comedor, un corto pasillo, una cocinita, un baño también pequeño y una alcoba que daba a un patinillo interior. La conocía bien porque en ella vivían unos parientes. Era un matrimonio sin hijos, así que el pequeño apartamento se adecuaba perfectamente a sus necesidades,

La otra parte de la antigua casa era la más grande y en ella vivía yo junto con mis padres y mi abuela materna. Formaba lo que podría llamarse un piso de unos cien metros cuadrados. El hecho de que fuera completamente interior, es decir que ni siquiera tuviera vistas al patio de entrada, se compensaba, a mi modo de ver con creces, por la existencia de otro patio, que más que patio era un jardín y que fue en mi primera infancia un verdadero paraíso y aún pienso es uno de los lugares más gratos –si no el más grato– en los que ha transcurrido mi vida. Volveré más tarde a este locus amoenus, a este hortus clausus, pero ahora seguiré enumerando las

piezas de la vivienda: primero un pequeño recibidor seguido de un salón-comedor del que partía un pasillo, a lo largo del cual se distribuían las otras estancias. A la derecha estaba la cocina, con una ventana que daba al patio grande (el locus amoenus) y un baño. A la izquierda, la habitación de mis padres, que daba al patinillo ya mencionado y, al fondo del pasillo, que entonces me parecía larguísimo, otra alcoba, que yo compartía con la abuela, y a la que se accedía subiendo dos o tres escalones. Precisamente del final de este pasillo, justamente delante de la alcoba del fondo, era de donde surgía Palitroque todos los días a las siete o las ocho de la tarde, siempre después de haberse puesto el sol.

Al decir que surgía, quiero decir que se materializaba allí, de pronto. El fondo del pasillo, que, naturalmente, estaba oscuro como casi todos los pasillos de las casas, debía de ser una especie de puerta a otra dimensión, esa dimensión onírica en donde pululan criaturas abominables y bailotea el enano de Twin Peaks. Algunos críos tienen monstruos en los armarios, bajo sus camas, en los sótanos o en los desvanes (lo hemos visto en muchas películas, esos altillos al final de una estrecha escalera, mugrientos e inquietantes), pero yo tenía solo un fondo de corredor y he de decir que para ser un lugar tan vulgar le sacaba bastante partido.

Palitroque partía del fondo del pasillo (tic-toc, tic-toc), llegaba al salón-comedor, daba una vuelta por él buscándome y, como no me encontraba, se volvía por donde había venido (tic-toc, tic-toc) y regresaba a su mundo

-cualquiera que fuera éste- disciplinadamente. La razón de que Palitroque nunca me encontrara era que yo tenía un excelente escondite, a saber, la camilla del salón, con sus tapetas de cretona o lana, según la época del año, que resultaron ser un inexpugnable baluarte, un auténtico búnker de blindaje efficacísimo, pues los sentidos o sensores de aquel extraño monstruo cibernético se mostraban completamente inútiles para detectar mi presencia. Bastaba con que, simplemente, me subiera a la tarima de la mesa en donde se ponía el brasero (procurando, eso sí, no poner los pies en el suelo, por si la bestia mecánica podía detectar el calor de mis extremidades) y me estuviera quieta y callada para estar a salvo. Después de que Palitroque hubiera desaparecido en las tinieblas del fondo del corredor, solía quedarme un rato bajo la camilla, no por miedo de que volviese (yo conocía su puntualidad de reloj suizo), sino porque, a pesar de lo estrecho del lugar y de que la postura aparentemente no pareciera cómoda, me encontraba allí bastante a gusto. Podía escuchar las conversaciones, los ruidos domésticos, el parloteo de la radio o la tele en medio de una penumbra muy acogedora. Creo que, aunque no hubiera existido, por así decirlo, aquella cosa tan atemorizante yo me habría metido igualmente bajo la camilla buscando la intimidad de la que gozan algunas criaturas: la de la oruga en su capullo, el canguro en su marsupio o la lagartija en su grieta de pared. Alguna vez me riñeron, temiendo que me pudiera quemar o hacer daño, pero yo siempre me escondía cuando el brase-

ro estaba apagado y dejaron de regañarme, tomando mi hábito como lo que realmente era, un juego tonto, un manía infantil, de esas que sorprenden a los adultos que ya han olvidado las inocentes excentricidades de su propia niñez.

Palitroque nunca se cansó de buscarme inútilmente y tampoco mostró el menor signo de frustración por no hallarme nunca, razón principal por la que siempre - insisto - sospeché que era un mero artefacto desprovisto de voluntad, pues ningún ser vivo medianamente inteligente y sensible puede ser tan indiferente al fracaso. ¿Quién lo enviaba? No lo sé. Nunca me lo pregunté. ¿Qué objetivo perseguía o para qué estaba programado? Desde luego para atraparme y desintegrarme, fulminarme, descuartizarme, abducirme o cosa similar. Como es de suponer, jamás consideré prudente intentar preguntárselo, pero en mi cabeza estaba claro que aquel elemento no podía venir de su remota y nebulosa dimensión y tener un aspecto tan ominoso llevando amigables intenciones.

No obstante, he de decir que Palitroque no se presentaba en lo más crudo del invierno, época en la que, lógicamente, el brasero estaba encendido casi todo el tiempo, lo que habría supuesto para mí un peligro. No creo que esa ausencia se debiera a la generosidad de Palitroque, renunciando a la caza de mi persona en el momento en que yo era más vulnerable, al no poder atrincherarme en mi impenetrable fortaleza. Aquel ser no llevaba peluca, chorreras ni tricornio, todo eso que se asocia

a la bizarra caballerosidad del que cede al enemigo el turno para disparar primero. El respeto por el adversario o incluso la benevolencia hacia el rival no se correspondían con el feo y tosco pergeño de aquel engendro mecánico. Simplemente (es una mera hipótesis, pero muy probable), debía de hallarse en alguna especie de hibernación, o tal vez el frío de la estación bloqueara el mecanismo desconocido que activaba la apertura del portal invisible, como dificulta el arranque de los coches o la circulación de la sangre.

No sé si venía o no en verano. Entonces no hubiera supuesto para mí ningún peligro esconderme en mi búnker, que ya ni siquiera tenía brasero, pues se guardaba para que no cogiera polvo. Pero había un lugar que estaba vedado para Palitroque, mucho más amplio que el escondrijo de la camilla: el patio grande, mi lugar favorito.

Lo llamábamos el patio grande, no solo para distinguirlo del pequeño de luces, sino porque realmente lo era. Podría arriesgarme a dar sus dimensiones, pero no quiero empañar con lo prosaico de estos datos la nostalgia del recuerdo. Para mí era enorme y constituía un lugar aparte, que, aunque pudiera pertenecer a todos los miembros de la familia, yo consideraba mío.

En realidad, se trataba de un jardín interior venido a menos, como la casa. En sus buenos tiempos, debió de ser muy lindo. Según se salía por la puerta que lo comunicaba con el comedor, había una zona enlosada con una pérgola sobre la que se enredaba una parra que

daba uvas moscatel bastante buenas. El resto estaba cubierto de arena. En el centro estaba lo que debió de ser un estanque redondo o tal vez una fuente baja, pero, en ese momento la taza se había convertido en un parterre en el que crecían petunias o pensamientos. Al fondo, había un banco de obra chapado en cerámica de cuerda seca bajo una hornacina que se hallaba vacía y que probablemente contuvo en su época un macetón ornamental o una estatua. A la derecha, un largo parterre con dos melocotoneros, un laurel y varias clases de plantas que no recuerdo con detalle. A la izquierda, se alzaba un gran árbol, cuyas ramas llegaban al segundo piso y rozaban el tejado. No sé a qué especie botánica pertenecía, solo que en primavera soltaba unas florecillas blancas cuyo olor producía jaqueca a mi madre. Recuerdo haberla oído decir que si la casa fuera suya habría hecho cortar el árbol. Yo, por mi parte, y mostrando total indiferencia por los sufrimientos maternos, me alegraba de que no pudiera tocarlo. No en vano dijo Víctor Hugo que “la infancia es la edad en la que el hombre no conoce la piedad.” Con todo, sin querer justificar tan evidente muestra de egoísmo, tengo que decir en mi descargo que el árbol era muy importante para mí. No solo era un elemento básico en mis juegos, sino que yo lo consideraba como un artículo de lujo y motivo de orgullo. Para una niña urbana que solo conocía los escasos y a veces raquíuticos árboles de los parquecillos cercanos, tener un árbol como ese, alto y frondoso, para su solo disfrute, constituía un auténtico privilegio. Yo sen-

tía cariño y admiración por aquel árbol. Ahora, cada vez que oigo el “Ombra mai fu” del Jerjes de Haendel pienso en él.

No sé qué habrá sido del árbol y del patio. Supongo que ya no existirán. El espacio que ocupaban es ahora demasiado valioso y seguramente en su lugar haya un piso o un par que diminutos apartamentos. Nunca he averiguado que pasó con ellos y me temo que el saber su destino me entristecería demasiado.

Lo cierto es que allí estaba a salvo de Palitroque, incluso de noche. Me veo a mí misma jugando con un elefante de peluche, sentada en el borde del estanque reencarnado en parterre. Veo mi sombra recortada sobre el suelo, con la luz que se proyectaba desde la ventana de la cocina en la que mi madre hacía la cena en la tarde-noche de un día de primavera o de verano. Es difícil creer que Palitroque sintiera aversión también por el olor penetrante de las flores del árbol o sus ramas constituyeran un paraguas protector contra entidades malignas. Me inclino más a pensar que sencillamente le estaba prohibida la entrada allí como le está al diablo el paraíso. Más tarde me libré de él, pero pagué un alto precio: perdí el hortus clausus, el locus amoenus para siempre.

Una niña de seis años es como un esclavo laborioso y fiel o una mascota simpática y cariñosa: se les quiere, pero carecen de autonomía y nunca se cuenta con ellos en caso de mudanza. Mis padres decidieron dejar aquella casa de alquiler y adquirir una vivienda nueva en un

barrio que ahora es una de las mejores zonas de Toledo, pero que en aquel tiempo apenas estaba poblado. Abandonar por entonces el casco histórico requería un cierto espíritu aventurero en algo semejante al de los marineros que se aventuraban por mares procelosos más allá del *Finis terrae* o de los colonos del salvaje Oeste, aunque allí no hubiera monstruos marinos ni guerreros apaches; de hecho, no había prácticamente nada, aparte de solares y huertas. Mis padres y yo íbamos a ver cómo avanzaban los bloques en construcción donde teníamos comprado el piso y yo veía a los albañiles poner ladrillos con Perlita de Huelva (“Precaución, amigo conductor”) y Manolo Escobar (repertorio variado) brotando del transistor polvoriento. Aunque mis pocos años me impedían tener el razonamiento lógico y ordenado que ahora poseo, yo intuía que Palitroque no me podía seguir hasta allí.

No creo que sea imprescindible que una casa esté edificada sobre un cementerio indio (en este caso judío o musulmán) o que en ella haya ocurrido un espantoso crimen para que un ser de otra dimensión o un ente diabólico habite dentro, pero durante mucho tiempo pensé que un trago, fantasma o demonio que se preciase no querría morar entre unas paredes levantadas, por ejemplo, al son de las matracas de Raffaella Carrà o Georgie Dann. Incluso iba más allá, tenía la convicción de que en caso de que alguien tuviera la desgracia de mudarse a una casa encantada tal como la célebre *Amitville*, en vez de buscar chamanes, mediums,

exorcistas o parapsicólogos para tratar de expulsar a la entidad perturbadora simplemente tendría que poner a todo volumen la última canción que representase a España en Eurovisión. Sin embargo, he de reconocer que ya no estoy tan segura de ello.

Antes he dicho que volví a pensar en Palitroque muchos años después de haber dejado la casa antigua. Palitroque, en efecto, no me siguió a la nueva, que había absorbido las notas del castizo hilo musical. Me olvidé rápido de él (olvidarme del patio grande me costó más, aunque fuera un olvido provisional, un olvido de supervivencia). Sin embargo, el viejo monstruo ha vuelto a mi mente hace muy poco.

Vivo en la casa a la que me mudé de niña, herencia de mis padres. Es una casa de apariencia modesta, pero de buena y sólida construcción y se halla en mejor estado que otras más modernas que la rodean. Los primeros vecinos (podríamos llamarlos "los pioneros") han muerto casi todos y los pisos se han vendido a personas con las que no tengo trato. Sin embargo, queda aún una vecina antigua, una señora viuda que es mi vecina de confianza, que me recoge el correo en las vacaciones y a la que encomiendo el riego de las escasas plantas que sobreviven en mi achicharrada terraza durante el verano.

Un día, al regresar de las vacaciones de Semana Santa, pasé por su casa para que me diese el correo que me había recogido. Me hizo pasar dentro y nos sentamos en su salón alrededor de una pequeña camilla con faldas

verdes. Manteníamos una de esas intrascendentes conversaciones sobre cómo lo había pasado durante mi breve periodo de descanso, el tipo de conversaciones que, pese a su vacuidad, sirven para paliar la soledad de ciertas personas. De pronto entró en la habitación un niño de unos seis o siete años, nieto de la señora. El niño llevaba un dinosaurio de plástico en la mano (creo que un triceratops, pero no podría asegurarlo, no soy experta en dinosaurios) y sin decir nada, rápidamente, se acercó a la mesa, levantó las faldillas y se metió debajo.

-¿Qué haces, Alfonsito? Saluda a la vecina -dijo la señora-. Ahora le ha dado por esconderse debajo de la camilla. Dice que hay un monstruo que le persigue y que ahí no le puede coger. Ya ves tú. Eso es por ver esas películas y esos dibujos de extraterrestres y bichos raros. Yo a mis hijos les llevaba ver películas bonitas, de las de Walt Disney. Pero ahora les dejan ver de todo y luego tienen pesadillas y manías. En fin...

Alfonsito, debajo de la mesa, seguía en total silencio. Yo miré de reojo el reloj que había colgado en la pared, una imitación barata de un carillón victoriano. Marcaba las ocho menos diez. Me levanté y le dije que había olvidado comprar una cosa que necesitaba para la cena.

-Date prisa, cierran a las ocho -dijo dándome la bolsita en la que había guardado mi correspondencia.

Le di las gracias y me despedí apresuradamente. La tienda estaba cerca, solo habría que cruzar la calle, pero no podía entretenerme.

Cuando la buena mujer cerró la puerta, abrí la del

ascensor y pulse el número de mi piso. Tengo que confesar que me temblaba un poco la mano al sacar la llave del bolso. Abrí la puerta de mi casa, la cerré con rapidez y busqué de prisa la llave de la luz del vestíbulo. También encendí la del pasillo. Caminé por él hacia mi alcoba para ponerme las zapatillas.

No era cierto que necesitase comprar nada de la tienda, fue un pretexto socorrido para salir pronto de la casa de mi vecina. Y es que bajo aquella camilla tan pequeña no cabíamos el niño y yo.

MAGDALENA CASTAÑOS

levedad del ser

Contemplo el fuego ardiente del hogar
en el ocaso dulce de la tarde.
Brilla y chisporrotea el leño que arde
y me invita a leer y a imaginar

Del libro surge un ser ya legendario
-¿recibió vida humana de su autor?
Si no lo leo muere de dolor
y se deshace en humo de incensario

Su cuerpo son las líneas de escritura.
Sus células son letras de alfabeto.
¡Si cierro el libro muere por decreto...!
¡No existe si ignoramos su lectura... !

(Y nuestra vida no es más consistente
que esos fantasmas que crea la mente)

rectificando el poema anterior

*(Dedicado a Ulises y Penélope, Dante y Beatriz,
D. Quijote y Sancho Panza, Hamlet y Ofelia,
Otelo y Desdémona, Fausto y Lucifer,
D. Juan y Dña. Inés, etc., etc, etc.)*

¿Cómo pude pensar que estabais muertos?
Perdonad mi torpeza y desaciertos.

Recibisteis la luz de los creadores;
vivos estáis los seres de ficción,
y aún palpita en vosotros la pasión
ardiendo en el crisol de los amores.

Jinetes del espacio, viajeros,
sois manantial que fluye de cultura.;
sois antorcha de luz en la espesura
y eternos en el tiempo mensajeros.

Brasas de fuego son vuestras entrañas
y ardéis con esa llama incombustible
de resplandor eterno, inextinguible,
que jamás se oscurece ni se empaña.

¿Cómo pude pensar que estabais muertos?
Perdonad mi torpeza y desaciertos.

ANA PINEL BENAYAS

trágica pasión

La lluvia caía como una capa fina sobre la Catedral de Toledo. El agua resbalaba contra las piedras como lágrimas eternas. Las calles estaban vacías. Las gentes dormían tranquilas, en sus casas. Solo una sombra oscura y encapuchada recorría la cuesta que bajaba hasta la catedral. Su figura era imponente y su destino el santo lugar.

Se paró enfrente de la fachada principal y observó los acusadores ojos de Jesús mirando hacia el horizonte, en la última cena. Esos ojos. Ese Dios. Atrapaba en un caparazón de castidad a su amada, pero la noche lluviosa a la que se enfrentaban la arrancarían de ese velo de oculta pasión. Entró abriendo las dos puertas de par en par, dejando que la fuerte tormenta penetrase en la catedral como un augurio de lo que sucedería.

Él la tempestad. Ella la calma.

Las velas titilaron y algunas llegaron a consumirse. Pero no aquella que colgaba encima del altar e iluminaba con una tenue luz a la figura femenina engalanada de blanco, que ni siquiera se había movido al abrirse las puertas.

Jaime caminó sobre el frío suelo, mientras se quitaba la capa negra de la que chorreaban montones de gotas cristalinas. Su cuerpo produjo grandes sombras en la piedra y sus pasos solo dejaron de resonar cuando se paró detrás de la muchacha que rezaba ante el altar. La chica se levantó lentamente y los pliegues de su túnica cayeron sobre el suelo sagrado como lindas olas blancas.

Jaime observó su rostro pequeño y menudo. Largas pestañas dibujaron sombras sobre sus mejillas.

-¿Que desea? la casa del señor está al servicio de todos.

-No te andes con rodeos, Ángela, sabes a lo que he venido.

La chica retrocedió apartándose de él.

- Jaime, no puedo. Hice un juramento...

-Solo los juramentos sellados con sangre son los que no se pueden romper.-Le interrumpió impaciente el chico.

Los cuerpos se acercaron más el uno al otro.

-Pero él me castigara.- Ángela giró su rostro hacia la figura sangrienta de Jesús, en el altar gótico.

Sus ojos se clavaron en ellos, produciendo un efecto

escalofriante.

-Él no existe, Ángela, tú lo sabes mejor que ningún ser humano.

Las manos de James se posaron sobre la estrecha cintura de la chica.

-Abandona al dios al que sirves, y ocupa tú su lugar. Deja que sea yo el que te adore y rece- le susurró.

Ángela suspiró. Sabía que luchar contra la pasión le resultaría muy difícil. Era mejor dejarse llevar y hacer lo que él le había dicho: ocupar su puesto en el mismísimo Paraíso.

Comenzó a amanecer. Los dos amantes estaban dormidos acurrucados el uno contra el otro. La pasión de la noche anterior les había mostrado que entre ellos había más que lujuria. Amor, algo profundo que rompió con las supersticiones.

Jaime despertó contento por haber conseguido tener a Ángela entre sus brazos. Deposito un beso en la frente de la chica y se levantó.

Tenía que partir antes de la primera misa. No quería ningún incidente con la Santa Inquisición.

Se giró y lo que vio le dejó petrificado y lleno de dulzura. El pelo de Ángela se encontraba desparramado, sobre el frío suelo, en lindas hondas.

Los primeros rayos del amanecer, colándose juguetones por las cristaleras, bailaban en su rostro dándole una luz angelical. Se agachó sobre ella y la despertó besándola en los labios. Ángela no se sobresaltó, tan solo

sonrió contra aquella boca que la aprisionaba.

-Vamos pequeña, es hora de levantarse.

La muchacha le observó soñolienta mientras se incorporaba. Pero a los amantes no les dio tiempo a reaccionar. Las puertas de la iglesia se abrieron de par en par, dejando que el eco de una conversación llegara hasta ellos.

-Sí, fue una figura oscura, y con forma de hombre, la que entró y no ha vuelto a salir.

-Su colaboración con la Inquisición no pasara desapercibida a ojos del Grande. Ahora, por favor, vuelva con su familia y deje que actuemos.

Jaime tapó con su cuerpo a Ángela, que se había quedado petrificada.

-Aquí están señor.

Un monje inquisidor apareció ante ellos. La larga capucha tapaba sus ojos.

-Señor Jaime, eligió mal sitio para cometer un pecado tan grave. Pero dígame, ¿qué esconde detrás de él?

-Nada de lo que su infernal grupo de hombres puedan beneficiarse.

El inquisidor se acercó a él. Le empujó bruscamente contra una de las columnas.

-Pero ¿qué tenemos aquí? Guardias habéis tenido suerte.- dijo mientras empujaba a la muchacha contra sus hombres.

-¡No! -grito Ángela al notar las manos de la Inquisición sobre ella.

-¡No se atrevan a tocarla!

Jaime se adelantó amenazador, pero una mano fría lo retuvo.

-Sí. Pecador. Ella recibirá lo que merece. Después será quemada en la hoguera.

Pero los años de entrenamiento con la espada pudieron más que las oscuras intenciones del monje.

Jaime giro bruscamente, recogió su espada, que reposaba en el suelo, y se abalanzó sobre el inquisidor.

-Ahora serás tú el que arderá en las llamas del infierno que vosotros mismos habéis construido.

La espada atravesó el costado del monje. Antes de morir pudo pronunciar unas palabras.

-Matadla. Que no la coja con vida.

Y así, una de las dagas cayó sobre el cuello de Ángela.

-¡Noooo!- Jaime corrió hacia ella dejando su guardia completamente bajada. Ya nada le importaba.

Recogió a Ángela entre sus brazos. La sangre gorgoteó por su cuello y comenzó a pintar sus labios. Pero el dolor de Jaime fue efímero. Una espada cayó sobre su cuello, haciendo que su cabeza rodara hasta el altar.

Una única religión, un único intento de poder supremo y oscurantismo consiguió recoger tantas lágrimas de sangre bajo techo sagrado.

Índice

Págs

María Antonia Ricas.....	5
Josep Maria Casals i Arbós.....	16
Mayte González-Mozos.....	21
Jesús Morata.....	28
Joan Gonper.....	33
Joaquín Copeiro.....	35
Jesús Pino.....	46
Rogelio Sánchez Molero.....	52
Paco Morata.....	58
Luis Pablo Gómez Vidales.....	62
Enrique Galindo.....	63
Ana Díaz Vieco.....	66
Lola López Díaz.....	71
Rafael J. Pascual.....	75
José Luis Garrido.....	84
María José Vioque.....	86
Antonio Illán Illán.....	88
Olga Fernández.....	92
Magdalena Castaños.....	105
Ana Pinel Benayas.....	107



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Ayuntamiento de Toledo